



## ¿SUSCRIBIRME?

**H**ACE UNOS días que recibo el periódico titulado *La Unión*, sin comerlo ni beberlo, sin que yo haya almorzado en ninguna sacristía con el papel mestizo, ni dado motivo para semejante confianza.

Me pasa lo que al sargento de orden público á quien suscribieren á un periódico militar sin su permiso. A mí no creo que me hayan suscrito todavía á *La Unión*; pero de todas maneras, la broma de recibirlo todas las mañanas es algo pesada.

Después tiene usted la cuestión de moralidad. Yo soy padre de familia, señores, y no me gusta que entren en mi casa ciertos papeles corrosivos. Pueden leerlos las criadas y convencerse de que los liberales somos dignos de exterminio, como predica *La Unión*, y envenenar el puchero ó sisar para el Dinero de San Pedro; el hermoso dinero, como lo llama el Papa en carta particular dirigida al Cardenal Moreno (q. e. p. d.).

En cuanto á lo del exterminio, cura canta.

Dice *La Unión* que se ha empezado á publicar un periódico católico titulado *El Pepinillo*, cuyo objeto es emprender una campaña de exterminio contra *El Mottin*. Y *La Unión* añade: «Damos la bienvenida al nuevo colega.»

Dar la bienvenida al que viene á *exterminar*, no me parece muy caritativo; pero *La Unión* podrá decir que es muy católico, toda vez que en el mismísimo cielo, con ser cielo, hay un Angel Exterminador.

Por lo demás, *El Pepinillo* no trae ninguna novedad á lo que llaman en las aldeas todavía el estadio de la prensa. Pepinillos mucho más considerables que él, tanto que eran como calabazas, se han propuesto exterminar á *El Mottin* metiéndole en la cárcel y metiéndole la mano en el bolsillo, no para robarle, eso no (¡guarda, Pablo!) sino para sacarle la multa que por clasificación le correspondía.

Pero, entrando en otro género de consideraciones, ¡qué *descaecido* (clasicismo barato) anda el respetable gremio de sacristanes!

En otro tiempo, ó mejor diré, *in illo tempore*, se batían contra la herejía, la impiedad, etc., etc., el Aguila de Meaux, vulgo Bossuet, Fenelón, Suárez, Vives, genios y talentos insignes... ¡Y ahora viene *El Pepinillo* á defender la religión de sus mayores!

*El Pepinillo... última ratio stultorum.*

Sin dejar el terreno de la pura idealidad religiosa, paso á considerar otra noticia de *La Unión*, que se refiere al inmenso júbilo que á estas horas debe de llenar el alma del señor tesorero de la Juventud católica, don Jose González Baites.

Es claro que este hijo predilecto de la fortuna, este *enfant gâté* de la gracia (y tómesese aquí la gracia en sentido teológico, no en sentido andaluz), este portento de buena sombra, como ahora dicen los oradores parlamentarios de fácil cobro, este... Sr. González, en suma, ha tenido la dicha...

Pero dejemos al cantor de tan excelsa aventura su propio estilo: «Tuvo la honra (siempre el Sr. González, el tesorero) de poner á S. E. (el cadáver del Cardenal Moreno, que es, por lo visto, un cadáver con tratamiento) los dos palios que usó como Arzobispo de Valladolid y de Toledo. ¡Los dos palios! ¡Los puso él, el tesorero, el González, los dos palios!

Aquí no se sabe qué admirar más, si los palios, ó la serenidad del tesorero que se atreve á ponerle un par de palios á un Arzobispo difunto.

Para ser digno de eterna loa, ó de eterno loor, como él quiera, no le faltaba al Sr. González más que un poco de modestia. ¡Qué diablo! ¿Quién le ponía un puñal al pecho para que contase al público su hazaña? ¡Sienta tan bien la modestia en el genio! ¿No le bastaba al señor González la satisfacción de su conciencia?

---

Prosigue *La Unión* su servicio fúnebre de primera clase, y dice que todas las parroquias han ido con manga alzada á orar ante el cadáver de Su Eminencia.

Permítame *La Unión* que le diga que aquí comete una sinécdoque, porque las parroquias no pueden orar; de modo que *La Unión* toma la parroquia por el párroco. Y tenemos que eran los párrocos los que iban con manga alzada á orar ante el cadáver de Su Eminencia.

Otra noticia de *La Unión*:

«Entre las personas que hemos visto *este mediodía* (!) orando junto al cadáver de Su Emma. (¿qué Emma. es esa?) se hallaba el Sr. D. Eduardo Palou, catedrático de la Universidad de Madrid.»

Hasta ahora no había invadido el noticierismo la vida piadosa. ¡Ya no se puede ni rezar en paz!

Advierta *La Unión* que por ese camino no se va á la humildad cristiana, ni á lo de que no sepa una mano el bien que hace la otra.

El mejor día nos sorprende el periódico de la manga ancha (y alzada) con una crónica religiosa firmada por Almaviva, en que se diga, v. gr.:

«Ayer rezaron un rosario con coronilla y sendos padrenuestros á las cinco llagas, las señoras de Lameli-rostro; la mamá recitó los actos de fe con la unción

que tanto la distingue. Cuantos asistieron al rosario, rogaron á la de Lamelirostro que se repitiera á menudo tan agradable y edificante fiesta. »

«Los marqueses de Gazofiláceos se quedarán en casa el viernes próximo y se cantarán vísperas y maitines. No faltaremos. »

¡Dios mfol! ¿Qué tiene Vuestra Divina Majestad que ver con *La Unión*, los palios del tesorero, ni las mangas más ó menos levantiscas?

—

Ahora dos leccioncitas á *La Unión*:

No se dice *impugnemente*.

Ni en castellano se llama *Gènes* á Génova.

—

Es todo lo que se me ocurre contestar al Sr. Administrador del diario mestizo que me pregunta si quiero suscribirme á *La Unión*.

No, hombre, no: ¡qué he de querer!

Ya estoy suscrito á la bula.

¡Cosas de la familiar!





## PALIQUE

**L**A *Época* continúa presa de dolor profundo, como dicen los poetas malos, y á veces los buenos, cuando se lo mandan decir.

Pero el dolor profundo de que es presa *La Época* ha tomado figura de *buldog*; quiero decir, que ahora *La Época* lamenta la muerte de D. Alfonso XII en verso, en unas quintillas que podrán ser de orden y monárquicas, pero que parecen demagógicas y hasta endemoniadas.

Firma el *todo*, como diría D. Ernesto García Ladefese, un D. Joaquín Ugarte.

Sí, D. Joaquín Ugarte;  
un nombre que me suena...  
yo lo oí, no sé cuándo ni en qué parte.

Ello es que D. Joaquín Ugarte... ¿No hizo este señor una comedia que se llamaba *Maria de los Angeles*?...

¡Ah, no! *Marta de los Ángeles* es una comedia de Santero, médico de la real cámara... digo, tampoco; lo que hizo Santero fué una comedia que se llamaba *Ángela*, ó *Angelitos* al cielo, ó cosa así. Perdonen ustedes esta serie lamentable de equivocaciones. Con estos diablos de obras inmortales que ahora se escriben, al mes de publicadas todas se confunden.

En fin, doy de barato, como se dice, que el señor Ugarte no ha escrito en su vida más que las quintillas que tengo delante. Bastante es esto para condenarse indefectiblemente.

Ante todo, advierto que yo respeto, como el primero, la memoria del rey D. Alfonso, y que cuanto voy á decir no va con ningún Borbón vivo ni muerto, sino con *La Época* y con el Sr. Ugarte.

Digo esto, porque otra vez, queriendo yo poner en ridículo las adulaciones de *La Época* á la corte, hubo quien tomó el rábano por las hojas... No confundir.

El Sr. Ugarte, que no es hijo de cien reyes, ni de medio, dice así:

«Aún le recuerda la mente  
gentil, gallardo, animoso,  
cuando, tierno adolescente,  
jinete en corcel brioso,  
entró en Madrid sonriente.»

Perfectamente. Esa quintilla no tendría *pero*, si la mente fuera sinónimo de memoria y si las cláusulas

tuvieran enlace en buena sintaxis, y el correspondiente sentido.

La multitud apiñada  
 (este verso es de Ovidio el *Romo*)  
 nuevos destellos pedía  
 al sol que alumbrió su entrada...  
 ¡Esplendorosa alborada  
 del reinado que nacía!—  
 ¡Adiós con la colorada!

Este último verso, que es el mejor, es mío. Y digo: «¡Adiós con la colorada!» no porque me despida, como creería la Academia, sino porque el Sr. Ugarte sale por los cerros de Úbeda en los dos últimos versos. Cuando el lector espera que el poeta le explique para qué quería más destellos del sol la multitud, el señor Ugarte sale con que aquel sol, ó aquel día, fué una alborada esplendorosa. Razón tiene Camacho cuando afirma que los poetas no tienen pizca de formalidad, y deben ser mirados como artículo de ostentación, como objetos suntuarios, á los cuales hay que cargar de impuestos.

Y en *concierto singular*,  
 (pase este ripio ejemplar)  
 eran de ver y de oír  
 (y de oler y de palpar)  
 aquel ansioso mirar,  
 aquel recio vitorear  
 y aquel ferviente aplaudir.

Y viceversa.

*Que* (¿qué qué?) en una emoción fundidos  
 anhelos y aspiraciones,  
 no había, *entre bien nacidos*,  
 ni *corazón sin latidos*,  
 ni labios sin bendiciones.

¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! Señor Ugarte, ¿usted cree que á los mal nacidos no les late el corazón también? ¿O es que opina usted algo parecido á lo que pensaba *El médico á palos*, respecto de los corazones?

¡Qué cosas le hace decir el dolor á *La Época!*

Auras tibias, *cielo raso*,  
 flores brindaban al paso  
 del noble Rey español...  
 — ¡Quién dijera que aquel sol  
 tan pronto hallara su ocaso!

Entre los cien disparates de esa quintilla, el que más gracia me hace es el de brindar con flores el cielo raso. ¿Sabe lo que es cielo raso ese poeta á teja vana?

Gobernó sabio y discreto;  
 ganóse amor y respeto (y el sueldo)  
 en pos de una y otra hazaña...  
 y hoy se nos lleva el secreto  
 de los destinos de España.

¡Eso no, vive Dios, que el secreto de los destinos de España, hoy por hoy, lo tiene Sagastal.

Hoy mustia España y llorosa  
viste crespones de luto...

(se me ocurre un *sustituto*  
del consonante, y no es cosa...)

Y al lucir de los blandones,  
no hay bálsamo que mitigue  
tantas penas y aflicciones.

(Este hombre nunca consigue  
atar bien dos oraciones.)

Lo que parece que quiere decir el poeta, es que no hay bálsamo que mitigue las penas y las aflicciones, al lucir de los blandones, esto es, mientras están los blandones encendidos; pero que en apagándose las velas... ya será otra cosa.

¡Ah! Probablemente, sin querer, hablará usted en profecía.

Lágrimas al duelo interno;

suene el místico responso,  
conjuro del hondo Averno...

(¡Vate motilón ó intonso,  
así te trague el infierno!)

¿Qué quiere decir lágrimas al duelo interno? ¿Qué quiere decir responso místico? ¿Qué quiere decir conjuro del hondo Averno? ¿Qué quiere decir arquitebe?

Y Dios, que con él derrumba  
nuestra ventura completa...

No exagere usted; á quien ha derrumbado, no Dios, sino la Reina Regente, es á los conservadores, y esos serán, á lo sumo, la ventura completa de *La Época*.

Así son los versos que publica *La Época*, sin decir: «¡agua val!»

Yo creo que el partido conservador se va á convertir en un *puerilero* (palabra de moda) de literatura romántica.

*La Época* está hecha un triste Chactas.

Cánovas se va á convertir en el *Ermitaño del monte salvaje*.

Sólo queda Romero para continuar las aventuras de la *mesa redonda*.

..

Como á mí me gusta dar á cada uno lo suyo, declaro, *ex abundantia cordis*, que me gustan algunas de las fábulas en prosa que publica de vez en cuando Bremón en *El Liberal*. Suele haber allí originalidad, frescura, facilidad, gracia, naturalidad á veces, y á veces intención.

Y también me gustan algunos romances que solía dar á luz el mismo autor en el mismo sitio.

Y eso que Bremón y yo estamos como el perro y el gato.

Yo no soy el gato.

Un periódico muy leído, que podía hacer mucho bien y suele hacer bastante mal, explica á sus lectores el argumento de *Le prêtre de Nemi*, de Renán.

Y dice que un personaje se llama *Antistius*.

Se llamará Antistio, señor literato.

¿Si creerá usted que el latín, cuando se encuentra en un libro francés, se traduce en gallego?





## A DON TOMÁS BRETÓN

**M**UY respetable señor mío: Acabo de leer su último artículo acerca de «La Música Nacional,» en el núm. 156 de *La Opinión* (estilo de comunicado), y resultando que en él hay, acaso, una alusión á ciertas palabras de un *palique* mío, publicado también en *La Opinión*, y considerando que yo jamás dejen ni dejaré sin respuesta á las personas decentes que me honran tomando en cuenta mis escritos, fallo que debo contestar y contesto á su artículo... hipotéticamente; esto es, suponiendo que usted aludía á mí, en efecto. La modestia y la convicción de lo poquísimos que valgo, no me permitirían atribuirme la alusión; pero como otras señas clarísimas me hacen ver que á mí debe usted de referirse... dejen á un lado escrúpulos, y con la salvedad apuntada, entro en materia (1).

Pero no: todavía no entro.

(1) Don Tomás Bretón, en una réplica llena de elogios inmerecidos, contestó al autor declarando que, en efecto, á él había aludido.

Tal vez extrañe usted que siendo yo colaborador de *La Opinión*, donde están las palabras mías á que usted alude, no le conteste desde ese periódico en que ambos escribimos; pero es el caso que allí tengo comenzado un cuento... y no es cosa de dejarlo; y aquí, en el *Madrid Cómico*, no tenía hoy asunto preparado... y aprovecho éste.

De modo que ya está todo explicado y ahora sí que entro en materia.

Dice usted, defendiendo la ópera nacional: «Llegado á este punto, leo un artículo de... que de pasada alude á la ópera nacional, para burlarse de ella. Yo creo que no hace bien.»

Sr. Bretón, á pesar de la suavidad del palmetazo, crea usted que, por si va conmigo, me ha llegado al alma; yo le explicaré en seguida por qué.

En vano está usted todo lo fino, todo lo amable y sincero que usted quiera: el palmetazo me escuece. ¿Sabe usted por qué? En parte porque tiene usted razón, hasta cierto punto. Pero principalmente porque su censura, comedida y todo, supone, sin que usted lo sepa tal vez, que yo me burlo de lo que no entiendo.

No, Sr. Bretón: yo no entiendo una palabra de música nacional ni extranjera. Que conste eso á todas las generaciones venideras; yo no entiendo una palabra de música. Tengo, además, muy mal oído; ó por lo menos, una memoria musical detestable. Después de mi querido amigo Pepe Mourelo, acreditado crítico de música,

creo que soy el español que peor canta. Mourelo no sabe cantar la Marcha Real; yo sí; pero de ahí no paso.

Si yo me hubiera burlado de la música española, de la que nada se me alcanza, no me lo perdonaría en mi vida.

Soy un ignorante en general, pero puedo decir, y en buena hora lo diga, que siempre he procurado conocer á fondo aquello de que me burlo. Mi única pretensión en este mundo es saber burlarme á tiempo.

Nunca me burlaré de la música española, ni de la china, ni de la celestial; de ninguna.

Repito que no entiendo de eso, y yo tengo el valor de mi ignorancia. Una de las cosas que más admiro en Gustavo Flaubert es haber rehusado el cargo de crítico de pintura que le ofreció un gran periódico, dispuesto á pagarle muy bien. Flaubert pudiera hablar mucho de cuadros, pero ignoraba el tecnicismo del arte (no las palabras técnicas, que, como usted sabe mejor que yo, son otra cosa), y le pareció ridículo meterse en tales críticas. Hizo perfectamente.

Yo he leído también algo de estética de la música; pero eso... es música. Como hacen tantos otros, pudiera meterme á discutir con usted y con todos los maestros del mundo, porque aquí tengo en mi librería varios diccionarios é historias de la música, con láminas y todo, como el elegante Manual de H. Lavoix, y folletos de Wagner y el *Drama musical* de Schuré, y á Ortigues,

sobre el *Canto llano*, con más mil lucubraciones de Hegel, Krause, Vischer, Levesqueke; y tomándolo por lo físico, libros de Laugel y de Helmutz, y al mismo estético austriaco Hanslich; y si usted me apuraba un poco, que sí me apuraría, yo me refugiaría, como en un reducto, en la laringe, y *allí*, braceando gracias á los autores de estos estantes míos, no me cansaría de hacer alarde de ciencia fonológica (como diría yo); y en caso de mayor aprieto, de un salto me colocaría en el oído, y hasta sería capaz de escribir artículos estético-músico-anatómico-históricos, remontándome á las orejas de nuestros mayores, y acompañando el texto con grabados explicativos, copiados detrás de un cristal en un papel fino, de cualquier librote extranjero. Todo esto y más podría hacer; pero como al fin y al cabo usted llegaría á demostrar que yo no sabía lo que era arquitrabe, ahorro polémica: yo le juro que lo que es por mí no se ha de retrasar ni un día el triunfo de la ópera nacional.

Venga la ópera, y cuanto antes mejor; venga cualquier cosa; todo, menos Cánovas.

En el artículo á que pienso que usted alude, yo trataba de nuestro teatro nacional, del teatro de López y de Tirso, de Calderón y Rojas, etcétera, etc.; pedía dinero, no para mí, sino para la restauración escénica de nuestra poesía dramática; y si como buen arbitrista disparataba al buscar recursos y expedientes, conste que lo hacía á propósito y por vía

de broma. En mi artículo, lo único serio era la alabanza de nuestro gran teatro, y el deseo de que se restaure; lo demás pura *boutade*, como dicen los *corresponsales* de París. ¿Había de pretender yo en cuatro líneas dar un específico para salvar el teatro?

La ópera nacional... ¡Dios la bendiga ¡Y á todos ustedes los que son capaces de escribirla, ¡Dios los bendiga también!

Yo—y hoy no tengo más remedio que imitar al estilo de Cánovas;—yo, aunque ignoro tanto en materia de música, soy apasionadísimo de ella, y más cada día; á cada nuevo desengaño de la vida, más melomano. ¿Melomano he dicho? La palabreja, aunque legítima etimológicamente, me suena mal; la retiro; en fin cada vez me gusta más oír cantar y tocar; y usted y sus colegas Chapí, Marqués, Arrieta, etc., etc., me han hecho gozar mucho con sus obras, y también soñar mucho, aunque me he guardado muy bien de publicar mis *Sueños*, con prólogo de nadie.

Sí, Sr. Bretón; yo, partidario de Zola en muchas cosas, no le sigo en su guerra á la música, y en esto me acerco á Schopenhauer, al cual la música le hablaba de un mundo bueno que no había, pero que debía haber.

Desde el paraíso del Real, sin meterme con nadie, he oído yo años y años toda la poesía vaga y sublime que he querido; en parte alguna he sentido tanto como allí, y repito que sin meterme con nadie.... En fin, todo esto pertenece más bien á unas *Memorias de Clarín*

(que no pienso escribir, Dios me libre), que á la ópera nacional.

Si hay que firmar algo para que esa ópera florezca, cuente usted conmigo; y si es cosa de subir la contribución, que la suban; así como así, ya está por las nubes. Lo único que no admitiré, aunque se hunda, no ya la ópera, sino el mundo, es un puesto en la junta directiva. Dirá usted que en qué junta. No lo sé á punto fijo; pero verá usted cómo, si se hace algo por la ópera, lo primero es una junta directiva de la que serán vocales, sin falta, D. Modesto Fernández y González y D. Jesús Pando y Valle, secretario.

Pienso, como usted, que debe protegerse todas las artes. Sí, señor, las artes y las ciencias; pero en esta materia todos los españoles somos Calomardes, es decir, protegemos los toros. Y ese es el camino; si ustedes los maestros quieren que haya verdadera ópera nacional, entiéndanse con *Lagartijo*, que les dé la alternativa, y canten ustedes en la plaza. Aquí todo lo nacional ha de ser de puntas; y si no, no hay nación que valga.

Además, Sr. Bretón, á mí me consta que un señor muy influyente en la política, que no es Cánovas por supuesto, anda trabajando eso de proteger la música nacional, pero quiere que le guarden el secreto: ¿y sabe usted por qué? Pues porque no quiere que se enteren los fusionistas que no han cabido en el presupuesto. Y uno de ellos, que ha prestado grandes servicios á la

libertad, ha sabido algo, y le decía á mi hombre, que es ministro:

—Mira tú, Fulano, yo sé que vais á fundar la ópera nacional; pues ojo, y que no se me olvide; la primera ópera subvencionada ha de ser la de mi yerno, el que no pudo salir diputado; y en cuanto á la primera cátedra que se cree... no espero que nadie me la dispute...

¿Qué quiere usted, Sr. Bretón? El mundo está así (el mundo de que yo hablo es España, por supuesto): inventan algo los liberales, lo piden á gritos sus correligionarios... y después vienen y se lo comen los conservadores. Crean cátedras los demócratas... y se las traigan los acólitos de Alejandro Pidal.

Nada: hagan ustedes un gran teatro lírico español, y si todas las tiples y contraltos no resultan pidalinas, me dejó yo leer el discurso de Ruiz Gomez, con la contestación de Toreno, ó viceversa, como sea.

¡Artes! ¡Ciencias! Sr. Bretón... Si usted quiere de eso, vámonos con la música á otra parte.





## CONSULTA CRÍTICA

**A**UNQUE los críticos sean, ó seamos ¡qué diablo! *viboreznos ingratos para España*, como dijo el P. Isla hablando de otros López, no dejamos de tener quien nos consulte, con el objeto, dicen ellos, de que «juzguemos imparcialmente sus obras.»

Yo, aunque indigno, he perdido ya más dramas que pelos tengo en la cabeza, á otros tantos poetas irrepresentables, que «querían saber mi opinión sin ambages ni rodeos.»

Mi opinión solía ser esa: perderles el drama.

En una ocasión, y siento que el hecho no sea todo lo idealista que yo quisiera..., pero, en fin, allá ustedes; en una ocasión dormía yo el sueño de los perezosos— cinco horas después de terminado el de los justos,— cuando... pero esto debe referirse en verso libre y pudibundo, y en el lemosín de Chestre:

Súbite hie el tímpano sonoro  
metal vibrante en címbalo de argen'lo  
de menésico fáber; blonda fámula,

arúspice doméstico, á mí llega,  
 nuncio de visitante no serondo,  
 y en papiros herméticos mancipio  
 dimisorias lacónicas que ostentan  
 el nómen, el prenómen y el cognómen  
 de un comes, que me otorga ósculo en cifra  
 sobre el cutis sutil del metacarpo.

Atraviesa cubículos dinteles  
 el proxena, exitando del vestíbulo;  
 y enhiesto, macrocéfalo, con déficit  
 en punto á pulcritud indumentaria;  
 los cométicos bucles salomónicos  
 claudicantes, cual flébiles folículas  
 del vegetal patético á Desdémona,  
 á mí se apropincuó: yo era supino.

—¿En qué puedo servirle?—dije en prosa. —  
 Sus falangetes el luctuoso extremo  
 córneo mostraron, y, agarrado, vide  
 inédito producto de las máscaras  
 en hirsuto papel—de barbas vulgo.—

—Este es el drama, pronunció aquel Tespis  
 digno del carro, hablándome en plebeyo,  
 y el autor *ego sum*: me recomienda  
 el crítico don Tal, su buen amigo.

—¿Sois Arcade?—Señor, yo fuí sereno  
 y ahora soy capataz en unas obras.  
 Suelo ser destajista, y á destajo  
 escribo dramas para hacerme rico,  
 y quisiera probar si éste le sirve.  
 Con el rústico sermo cancelando  
 la inopinada cláusula, fué mudo.

«¡Por Apolo Esminteo! ¡Vaya un hóspite,  
 de hepática voráGINE un acceso

venciéndome, pensé, de furia alalo  
 Ampos de Holanda descifñendo al cúbito,  
 manucapi del códice el follaje.  
 Mas ¡ay! de aquella fámula auricróma  
 por una culpa lata y mnemotécnica  
 —tal vez en el Leteo osculó el ánfora—  
 yacía fuera del templete cúbico  
 de su jurisdicción, sobre la exenta,  
 el inefable cóncavo-convexo  
 receptáculo pródigo al del gástero  
 producto liquiforme, de vesícula  
 indígena emigrante y rumoroso.  
 Flácido el pulso, dígitos enervo,  
 y el hirsuto volumen claudicante,  
 en ondas de cristal bebió naufragios.  
 Al lamentable del ananke griego  
 fenómeno fortuito, el vate en hórrida  
 fonética excelsión tocó el cerúleo  
 cóncavo sideral... Condonaciones  
 humilde postulé... Mas él, estoico,  
 —«Gracias, me dijo, la lección comprendo;  
 ya sé lo que usted opina de mi drama  
 y mis versos ya sé para qué sirven.»  
 Y no probando salvamento inútil  
 al náufrago poema, buscó el éxito  
 de la cuadra en tinieblas sumergida.  
 Tropezó con la janua y salió célere.  
 Yo hundí en las plumas hemisferio an'ípoda,  
 y del censor fortuito satisfecho,  
 la extremidad abdominal distensa  
 hasta las horas tuve meridianas.

Paréceme que no se puede narrar más en culto un  
 suceso prosaico, pero providencial é histórico.

Mas no todos los autores creen en agujeros. Si el capataz se dió por corregido y curado de su manía poética, sin más que ser testigo de un accidente simbólico, otros no escarmientan aunque les echen encima á sus dislates todo el Lozoya en día de tempestad hidráulica.

Dísgalo si no el joven D. Rufino Cachivaches, que sin pelo de barba y *todo* se cree llamado á crear la poesía seria y propiamente descriptiva.

Ayer vino á verme; le recibí, y me dijo:

—Yo vengo á establecerme en Madrid. Quiero poner tienda de poeta descriptivo; tengo poetas que me abonen.

—¡Hombre, no es mala idea! ¿Una prendería de ripios descriptivos en buen uso y á la medida? ¿Cacharrería de la Edad Media? ¿Ropa hecha para quintillas procedentes de empeño? ¿No es eso?

—Sí, señor; eso y mucho más.

—Pues vamos á ver: muestre usted el género.

—Aquí verá usted varios pedazos de púrpura... no hay más que descoserlos y volver á zurcirlos. Por eso me gustan á mí las descripciones inoportunas, porque lo mismo sirven para un roto que para un descosido. Verá usted.

Fué sacando  
doña Urraca  
una liga  
colorada,

media vaina  
de tijeras,  
un tontillo  
de casaca;

quiero decir que fué sacando D. Rufinito quintillas que habían servido para un poemita de la Edad Media vista ordeñar. Y enseñaba los versos y decía:

—Aquí verá usted ahora un romance que sirvió al que lo estrenó para una descripción de una dama que espera á un caballero, de noche, y con luz y escribiendo en su

bufete cuadrado  
de relucientes maderas,  
que adorna embutido en nacar  
en menudísimas piezas,  
sentada en sitial de roble  
ferrada de roja felpa...

Ya ve usted que á este bufete no le falta más que hablar, y lo único que se echa de menos es el precio; yo pienso ponérselo, añadiendo

está la dueña del mueble,  
que le costó en buena venta  
trescientos maravedises  
al acabarse la feria.

También pienso introducir el nombre del fabricante cuando se trata de muebles de lujo, y decir si se venden ó no por comisión.

Y la pluma que en los dedos  
á impulsos del alma tiembla

(este ripio no es de marquetaría, es idealista, y no me sirve)

el crujiente pergamino  
salpica de tinta negra.

Vea usted otro dato precioso. La tinta fina de escribir en la Edad Media era negra.

A la luz de tres bujías  
que un candelabro sustenta

(¡Qué abnegación de candelabro!)

y agita el viento que sopla  
de una ventana entreabierta...

¡Qué propiedad! ¡Qué naturalidad! La ventana entreabierta, ¡y en la Edad Media!... un vientecillo sopla... ¡si casi se constipa uno!

Se mira el bello recinto

(¿Qué se mira? ¿Qué español es ese del *bello recinto*?)  
(¡Qué importa!)

de una ancha cámara extensa

¡Esas son cámaras!—¡anchas y además extensas!...  
¡Oh, la Edad Media!

los muros con colgaduras  
y con tapices las puertas.

O viceversa.

A un lado un suntuoso lecho...

.....  
sobre las ropas de Holanda  
los cobertores de Persia

.....  
sillones en larga hilera,  
un oratorio de talla,  
cuyas molduras refleja  
en la lámpara de azófar.

.....  
Un libro de devociones,  
escrito en rica vitela.

.....  
Un almohadón de damasco.  
.....

(Suma y sigue.)





## COSAS VIEJAS

**V**ico está haciendo en el *Español* lo que yo he tenido el honor de pedir muchas veces: está sacando al aire, para que no se apolillen, comedias y dramas dignos de que el público los recuerde de vez en cuando. Algunas de las obras representadas no merecen eterna memoria, ni siquiera una memoria de mucha menor duración, pero no en todo se ha de acertar; y además, se me figura que no es Vico quien tiene la culpa de que se mezclen con las comedias excelentes, otras medianas y otras malas á todas luces, inclusive la del gas.

*No hay mal que por bien no venga* es un sermón reaccionario de Tamayo, ó por lo menos de D. Joaquín Estevanez, en que nadie adivinaría el talento vigoroso que engendró *Un drama nuevo*; allí se habla de Kant y otros filósofos con la poca oportunidad y con la misma ignorancia del asunto con que suele hablar de filosofía el Sr. Alarcón en sus novelas.

Pero al fin, ¡anda con Dios! *No hay mal que por bien no venga*, aunque obra amanerada, fría y algo cursi, está escrita en buen castellano, tiene su intención y no carece de interés.

Pero *Los soldados de plomo* del difunto Eguílaz no tienen mérito de ningún género, ni lo han tenido nunca, digan lo que quieran ciertos gacetilleros que creen que el mérito se cae, como el color de la ropa mala ó el dorado de las medias cañas.

Dígame la verdad de una vez: no hay ninguna comedia de Eguílaz que llegue á mediana apenas, *La cruz del matrimonio* inclusive. Eguílaz no fué nunca buen poeta dramático; y si se me dice que debo respetar su fama porque se trata de un muerto, respondo que también está muerto y *más muerto*, como si dijéramos, el pobre Comella, y sin embargo, nadie le respeta. No diré que haya que comparar á Eguílaz con Comella como escritor; pero sí se le puede comparar en cuanto difunto.

Tampoco vale decir que el no gustar hoy Eguílaz consiste en que ha cambiado el gusto. Eguílaz nunca fué un buen dramaturgo, y hoy se declara que *ya* no gusta porque no hay una *masa* de gacetilleros y espectadores ignorantes que nos lo imponga. Tan mala era ayer como hoy esa comedia soporífera y de moral á domicilio, que Victoriano Tamayo, cómico bastante malo también (la verdad siempre por delante) ha tenido la mala idea de resucitar.

Vamos claros, repito, si es que lo he dicho antes. Eso del tiempo no es bastante disculpa. Tiempo muy distinto era del actual aquel en que escribió Moratín; y el que no goce viendo bien representadas la *Comedia nueva* y *El sí de las niñas*, es un badulaque un pedazo de corcho. Tiempo ha pasado y mucho ha llovido después que dejó de ser obra de actualidad *Marcela* y no es cosa moderna *Muérete y verás*, ni retrata costumbres de ahora *El que dirán*, ni *Un novio á pedir de boca* es cosa del día, y sin embargo, quien no sepa saborear las finísimas bellezas del teatro de Bretón, será un majadero, pertenezca al siglo que pertenezca, siempre y cuando que entienda el castellano. Señores, no confundir. Las generaciones dejan á la posteridad su caudal de ingenio mezclado con mucha moneda falsa; entre los nombres de los autores justamente alabados vemos los de aquellos que tuvieron crédito por culpa del mal gusto; la gracia está en saber distinguir: si no, la crítica sería pura obra de erudición tratándose de tiempos pasados. Por eso son cosas muy distintas un Menéndez Pelayo y un Cañete. Menéndez Pelayo estudia la antigüedad y admira en ella lo bueno, no por viejo, sino por bueno; Cañete estudia también lo antiguo y embarca de todo; le gusta el queso bueno ó malo, siempre y cuando que tenga gusanos auténticos. He visto muchas veces en la lista estereotipada de nuestros buenos poetas dramáticos, á Rubí y á Eguílaz mano á mano con el duque de Rivas, García Gutiérrez y Tamayo, y

---

he visto á otros autores medianos codeándose en el papel con Bretón, con Hartzenbusch. ¿Qué tiene qué ver el *Trovador*, inmortal maravilla, y *Don Alvaro*, sublime creación, con *Las querellas del rey sabio*, ridículo drama bufo (ni más ni menos; me ofrezco á dar un curso de literatura demostrándolo) y *doña Isabel la Católica* disparate descomunal, profanación inaudita?

¿Es que la crítica ha de recibir sin beneficio de inventario las preocupaciones del público y de los malos críticos que han sido?



## SONETOS

POR ANTHERO DE QUENTAL

**H**E recibido un tomito de poesías del crítico y poeta portugués Anthero de Quental. Es el mismo autor que hace poco tiempo tuve ocasión de citar en otro periódico con motivo de las poesías del señor Araujo. Segun Anthero de Quental, los versos de Araujo son de los que todavía pueden tolerarse en este tiempo que, segun él, ya no quiere poesía. Tambien los sonetos de Quental son de los que pueden leerse y *deben tolerarse*, como yo creo que eternamente podrán tolerarse y leerse los versos buenos, por muchas vueltas que de la *evolución* y por muy seria y circunspecta que se haga la humanidad.

Después de conocer las ideas de Anthero de Quental, la lectura del índice de sus *sonetos* produce mal efecto, si no se sabe lo que vale el autor. Cualquiera puede creer que se va á encontrar con un poeta filósofo insufrible, de esos que creen que se va á adorar

la peana por el santo, sus versos por la importancia del asunto que tratan. Es más: hay cierta afectación de trascendentalismo en los títulos del índice, y este defecto, que puede pasar en Victor Hugo, donde la grandeza del contenido justifica en cierto modo las pretensiones del rótulo, se tolera con más dificultad en poeta que no ofrezca las garantías de una gloria probada é indiscutible.

Veintiocho son los sonetos de la colección, y entre otros títulos por el estilo, veo los siguientes: *Homo*.—*Mors-amor*.—*Quia aternus*.—*Mors liberatrix*.—*Lo inconsciente*.—*Espiritualismo*.—*Anima mea*.—*Exclusivismo*.—*Logos*.—*Ignotus*.—*Nirvana*.—*Trascendentalismo*.—Este programa, que puede seducir á un estudiante de filosofía y letras de los que tienen en cartera la epopeya filosófica del siglo XIX, hará poner mal gesto á toda persona de gusto, un poco experimentada en materia de poesía docente, didascálica ó tendenciosa, como se dice.

Pero gran injusticia cometería el que sin más, sin pasar adelante, condenase los sonetos del crítico y poeta portugués. A pesar de tanto *ismo* y de tanto latín, Anthero de Quental es lo que se llama un poeta. El estar triste y desengañado del mundo no es un defecto, y acaso no le falte razón.

Diré en dos palabras cómo piensa y siente el poeta portugués: para él no hay más refugio que la muerte; como ha dicho el inventor del género, Hartmann,

cualquiera metafísica que inspira sentimientos y guía la conducta, es una religión. Anthero de Quental tiene, pues, la religión del aniquilamiento universal, y es un creyente fervoroso.

No hay en él ese escepticismo que fué un tiempo patrimonio de los hombres excepcionales, superiores, y que hoy empieza á ser un poco cursi por lo vulgar y fácil; las negaciones de Anthero de Quental no son blasfemias, ni menos esas baladronadas del incrédulo, como las llama, con frase feliz, mi amigo el Sr. Vidart; á lo más á que llega es á una ironía un poco cruda, semejante á la que solía usar Heine cuando hablaba de teología. Todo esto sería muy malo, muy feo, si se notase en el poeta lusitano afectación, fingimiento de una impiedad superior á sus fuerzas; pero no hay nada de esto, ó no hay mucho, por lo menos. En general, se ve que siente lo que dice; que su amarga filosofía, que el expone como cosa amable y llena de encanto, es suya, hija de sus reflexiones y de la propia experiencia. Sobran acaso ciertos términos que recuerdan demasiado las escuelas filosóficas á la moda; términos por lo que algún malicioso pudiera sospechar que Anthero de Quental es pesimista como D. Quijote era caballero andante, á fuerza de leer libros de gente desesperada; pero el malicioso que tal creyese se equivocaría, á lo que entiendo, porque la buena fe aconseja decir que, á pesar de tales apariencias, el autor de estos *Sonetos* siente y piensa por cuenta propia.

Todo ello valdría bien poco, desde el punto de vista literario, si los versos no fueran buenos; pero repito que la mayor parte lo son.

El libro, como conjunto, tiene un defecto: la monotonía. En toda la obra no hay más que un motivo, como dicen los músicos; y, cuando la expresión ha sido feliz una vez, da pena verla repetida en otros sonetos de menos arte. El tema es éste: negación de la teología vulgar y de las afirmaciones racionalistas optimistas. Afirmación del *Nirvana*, de lo *Inconsciente*, con la expresión poética del amor de la muerte. Recordad las hermosas octavillas de Espronceda en la Introducción de *El Diablo Mundo*:

Débil mortal, no te asuste  
mi oscuridad ni mi nombre...

y tendréis la fórmula de los *Sonetos*.

Este amor de la muerte, aunque no en el sentido pesimista de este libro, es la característica, si vale la palabra, de la poesía portuguesa moderna. El autor de *Lira íntima*, Araujo, también canta el amor y la muerte en hermosos y muy sentimentales cuartetos.

Si el tema de los *Sonetos* es interesante, en cambio es poco asunto para un libro entero, pues con poca diferencia se desarrolla en todas las composiciones de la misma manera, y no basta la variedad de las imágenes y de las ocasiones en que escribe el poeta para dar

variedad también al fondo. Además, eso de que sean todos sonetos añade no poco fastidio. Esta simetría fatal, de que el lector sabe no ha de salir, le fatiga sobremanera. Toma el libro un aspecto fúnebre de colección de responsos, salvo el interés poético. Y gracias que no son más que veintiocho sonetos. Hay un poeta, amigo mío, no en el manicomio, no, suelto, que ha escrito más de mil sonetos, muchos más, uno para cada palabra del diccionario y otro para cada hombre que se le antoja célebre, empezando por Aarón y acabando por Zuinglio. Entre los sonetos de Anthero de Quental, los hay sobresalientes, buenos y medianos. Los mejores son aquellos en que el mérito principal consiste en la expresión sencilla, concisa y directa de un sentimiento natural y vivo. En éstos el autor llega á la altura del mejor poeta moderno, salvo Victor Hugo, que haya escrito versos con asunto análogo. Así, por ejemplo, las mejores composiciones de esta colección me recuerdan algunas estrofas de *Los gritos del combate*, de *La Visión de Fray Martín* y del *Idilio* de Núñez de Arce. ¡Cosa extraña! El mejor de todos los sonetos, sin duda, es el que este poeta ateo consagra á la Virgen Santísima *Cheia de Graça, Mãe de Misericórdia*. El mérito de esta poesía excede los límites de la retórica; la hermosura íntima que hay en ella, mejor se entiende que se explica.

Nótese que se trata de un poeta que no tiene ya más fé que la de la muerte, y que en una especie de *salto*

*atrás*, que existe en psicología como en etnología, dice con todo el corazón:

Num sonho todo feito de incerteza,  
 De nocturna é indizível anciedade.  
 E que eu vi teu olhar de piedade  
 E (mais que piedade) de tristeza...  
 Não era o vulgar brilho da beleza,  
 Nem o ardor banal da mocidade...  
 Era outra luz, era outra suavidade,  
 Que até nem sei se as ha na natureza...  
 Um místico sofrer... una ventura  
 Feita so da perdao, so da ternura  
 E da paz de nossa hora derradeira...  
 O visao, visao triste e piedosa!  
 Fita-me assim calada, assi chorosa...  
 E deixa-me sonhar a vida inteira!

En este soneto no hay ni una ráfaga de ironía; hay puramente caridad sublime; es la plegaria del que no cree ante la imagen de la religión perdida, plegaria de una sublime dulzura y tristeza, en que no hay nada de fanatismo ni nada de ese humorismo sarcástico que sólo se puede tolerar en los genios, y no siempre.

Entre los mejores también pueden colocarse los sonetos: *Espiritualismo*. Son pesimistas, pero en ellos hay recuerdos de amor triste para el ideal. Parece que el poeta se rinde, á su pesar, á la evidencia de las verdades amargas que, según dicen, va descubriendo la ciencia de nuestros días. Hé aquí los dos tercetos del se-

gundo soneto, malamente traducidos, pero casi á la letra, con los mismos consonantes:

«Tú morirás también. Un ¡ay! supremo  
 En la noche de horror que envuelve el mundo  
 Va á resonar, y tu perfume *extremo*  
 En el vacío morirá disperso,  
 Como aliento final de un moribundo,  
 Como último estertor del Universo.»

(Las asonancias son cosa del poeta.)

Entre los sonetos que coloco en segundo lugar, estan aquellos que son principalmente apreciables por la forma. En ellos el asunto es lo de menos, la triste creencia del poeta; el mérito está en que en ellos ha huído las dificultades de abstracción á que podía inclinarle el objeto, envolviendo el pensamiento en imágenes vivas y felices, y en rotundos versos de elegante frase.

Ejemplo de los de esta clase son: *Anima mea*, uno de los mejores en punto al desempeño poético; *Mors-amor*, *Divina Comedia*, *Homo* y *No Circo*, que es excelente. *No Circo* y *Divina Comedia* parecen de lo mejor que ha escrito Heine en esta materia semifilosófica.

Por poco digo yo aquí lo que muchos prologuistas aseguran, sin creerlo: que no saben en qué escoger, y que quisieran copiarlo todo.

Yo aconsejo al lector que lea todo el libro, y me limito ya, en punto á copiar, á la traducción literal de

*Homo*, que es el primer soneto de la colección. No es de los mejores, pero tiene cierta originalidad, y puede decirse que da el *tono* de todo el libro.

Dice así:

(Dejo el consonante por la fidelidad.)

#### HOMO

Ninguno de vosotros me conoce,  
Astros del cielo, ramos de la umbria;  
No interpreta ninguno mi plegria,  
No adivina ninguno mi secreto...

Nadie sabe quién soy... aunque parece  
Que ha diez mil años ya, siempre lo mismo,  
Me ve pasar el mar, me ven las rocas,  
Y la aurora riende me contempla...

Soy pasto de la tierra monstruoso;  
Del *Humos* primitivo y del misterio  
Casual engendro, que nació sin padres...

Mezcla infeliz de brillo y de tinieblas,  
Soy tal vez Satanás; — tal vez un hijo  
Bastardo de Jehová; — tal vez *Ninguuol*

He dicho que algunos de los sonetos no pasan de medianos. Es cierto; son aquellos en que pensamientos expresados ya de modo más poético, se repiten con menos corrección, con más énfasis ó con menos vida en las imágenes. Sirvan de ejemplo los titulados: *Disputa en familia*, donde la ironía no es de buen gusto, y que parece imitación poco feliz de algunos versos de Victor Hugo en *Religiön et religions*. Tampoco me gustan

---

mucho algunos de los sonetos del *Elogio de la Muerte*, ni *Lo inconsciente*, ni *El Converso* (donde hay amaneramiento y algo de *baladronada*) ni *Ignotus*, ni *Nirvana*. Y probablemente esos serían los que sedujeran al hipotético estudiante de filosofía y letras de que dejo hecha mención.

Para concluir: si yo fuese poeta, traduciría con mucho gusto al castellano estos *Sonetos* de Anthero de Quental, para contribuir á una cosa muy necesaria: á que los pueblos hermanos que no quieren todavía unirse, poéticamente se fueran conociendo y apreciando, y poder así empezar por lo mejor y principal: por la unión de los espíritus.





## MADRILEÑA

**M**ADRID! ¡Si será tu vida positiva, que ni siquiera das materia para una revista semanal!

Prescindamos de los timos, de los petardos, de los cocheros que faltan á los rudimentos de la educación... y Madrid es un inmenso *burgués*, un péndulo, cualquier cosa de regulares movimientos, fría, cansada, sin peripecias ni cambios.

Madrid se levanta tarde, se hace la *toilette* tarde también, y mal; los barrenderos hacen que el polvo suba á las nubes en holocausto al ayuntamiento, que les deja dormir la mañana. La escoba es el incensario, el polvo el incienso. Las criadas sacuden las alfombras en los balcones, y las nubes polvorientas descienden entonces de las alturas á posarse, como un rocío, sobre el fieltro de los sombreros que en vano limpia cada día el hacendoso transeunte.

¿Y por qué se levanta Madrid tan tarde? ¡Ah! Porque de noche se divierte.

Vela para hacerse cada vez más instruído, haciendo la luz en los cafés por medio de la discusión y del ladrillo molido que se le sirve en calidad de moka. Y además, se instruye en los teatritos, donde nunca falta un toro de la escuela realista pura, vamos, un toro de puntas que sale á la plaza, al escenario, y representa concienzudamente su papel de protagonista.

Pero sobre todo, las discusiones. Se discute si Sagasta tiene más correa que Romero Robledo, si Navarro Rodrigo se ganó la cartera ó no con su discurso de tres días...; se discute todo lo que no le importa á nadie, y en esto se invierten horas y horas; y ¡claro! al día siguiente, ¿cómo levantarse temprano?

Después Madrid almuerza, y almuerza mal, porque sus ocupaciones no le permiten pensar en la mejora de sus alimentos. ¿Qué entiende Madrid, ese señorito, de policía, agricultura, trasportes, etc., etc.? Se envenena con el chocolate, se envenena con el café, se envenena con el vino, y en vez de poner remedio á tamaños males, conviértelos en *couplet* de zarzuela, y va á los teatros á ver al alcalde en caricatura, y á ver cómo un Mario del teatro de Eslava se burla del Municipio y del soconusco adulterado, y del caracolillo falsificado y del vino fuchinado, y de cuantas plagas Dios manda sobre la coronada villa. Sí: Madrid pone en copla todas sus desventuras y no piensa en remediarlas, y así está él

de flacucho, pálido, macilento, podrido en esta atmósfera compuesta de humo de gas y de petróleo, y de tabaco *deletéreo*, de todos los malos humos y pésimos humores que son el natural ambiente de esta existencia pobre y necia, que tiene los vicios de la que se lleva en las grandes capitales, y la miseria y el aburrimiento de la que se tiene en los pueblos pequeños y atrasados.

Ése es el Madrid de que hay que hablar en las revistas de la corte.

¿Hay otro Madrid? Claro; pero el que suena, el que brilla, es éste. La gran señora va todas las tardes al Retiro á ponerse á la disposición de la Guardia civil de caballería que no deja á los caballos de la gran señora dar un paso más largo que otro; de noche la gran señora va al Real á someterse al gusto dictatorial del paraíso, á aburrirse oyendo óperas que ha oído mil veces sin escucharlas nunca; después, al baile en que ha perdido el color, la carne, la salud, el sueño, las ilusiones, tal vez la honra, á ver las mismas caras siempre, para sonreírlas como siempre, y maldecirlas por detrás como ha hecho toda la vida.

Y la señora pobre, y la chula, van al café, y luego á Eslava á ver la miseria ajena, que, como la propia, se distrae con el espectáculo de la miseria general disfrazada. ¡Oh, la alegría de Madrid! ¡Qué cosa tan triste! Rostros pálidos, ojos hundidos, parálisis del gusto en rostros embrutecidos por la repetición de las mal-

sanas sensaciones, siempre buscadas para el placer y sin llevar jamás al alma una gota de alegría.....

.....

—

Lector, amas la naturaleza, buscas sus efluvios... la vidadel Oso te abruma... quíeres salir al campo.... ¡Ay! Madrid no tiene campo. Pelados terrones por un lado, por otro un río hidrónico, por otro praderas sin prado, sin césped... sed y hambre y fatiga en la llanura: el desierto á la puerta de la calle. Madrid es un oasis del Municipio.

Vuélvete á la Puerta del Sol y... mira al cielo. Es de noche: las estrellas, las mismas estrellas de tu pueblo (porque es de suponer que no eres del hemisferio austral) brillan en lo alto; esa parte del paisaje es la misma que veías en tu tierra, la misma constelación, el mismo lucero... la luz zodiacal en el mismo sitio... la Osa... ¡Desgraciado lector! Por mirar á las estrellas has olvidado el tranvía que acaba de derribarte, atropellarte y romperte las piernas... Eso debe advertirnos á los provincianos que en Madrid es el cielo un alumbrado público y nada más; aquí la poesía astronómica es incompatible con el tránsito público.

Mirar al cielo en Madrid, es quedarse rezagado, es soñar, es ser un *lila*, como dicen aquí.

Aquí no hay cielo que valga. De la iglesia todavía

---

se acuerdan algunos, para explotarla; del cielo nadie se acuerda para nada...

Castelar quiso recordarlo el otro día, casi lloraba hablando de él... y el señor Villaverde, ese átomo político-administrativo, se sonreía... y pensaba probablemente: ¡Cuánto más hombre político soy yo, cuánto más parlamentario...!

Aquí sólo se piensa en un cielo... el cielo de la boca.





## NOUGUÉS Y EL REY

**E**L mismo día que supe, con todos los detalles que quiso darme Mencheta, la muerte de D. Alfonso XII, y á poco rato de enterarme de esta desgracia, leí en un suelto de un periódico aquello de que Villaverde había mandado entregar 250 pesetas á la familia de Pablo Nougués para pagar los gastos ocasionados, decía el papel, por la grave enfermedad del antiguo publicista.

Y añadía el periódico, como quien no dice nada:

«El Sr. Nougués dejó ayer de existir.»

Por lo visto, á ese periódico le corría más prisa dar cuenta de los mil reales de generosidad del Sr. Villaverde, que de la muerte de mi querido amigo y compañero el infortunado Nougués.

El mismo diario, rodeado de barras negras, como quien da á entender que á él no le entran moscas, trataba de convencernos de que dolor comparable al suyo no le había, en vista del fallecimiento de D. Alfonso XII.

Dudo yo que el dolor que Mencheta manifestó ya desde El Pardo, y á raíz del triste suceso, sea menor que el de *La Época*; pero, en fin, allá ellos. Creo, sin embargo, que el dolor incomparable de *La Época* ha de ser más duradero que el de Mencheta, aunque éste llamase al suyo inefable, ó cosa así. Pero, amigo, Mencheta viaja mucho, y ya se sabe que para aliviar el dolor no hay como los viajes. Además, Mencheta es de *La Correspondencia*, que siempre está en el poder, y *La Época*, ¡infeliz! tiene para rato... de dolor y de ayuno.

Por lo que á mí toca, y en cuanto un republicano puede hablar de estas cosas, me inspiran más compasión que *La Época* y el Sr. Mencheta, doña Isabel II, que se queda sin hijo, la esposa, que se queda sin marido, y las infantas Mercedes y su hermanita (cuyo nombre no recuerdo), que se quedan sin padre.

—

¿Y por qué negarlo? Más efecto que la muerte del hombre feliz, me causa la del hombre desgraciado.

No entiendo las cosas como Bossuet. El Águila de Meaux sacaba sus efectos oratorios del contraste de una vida opulenta y rodeada de alegría y grandeza con la muerte fría, desengañada, igual para todos. Como recurso retórico, está bien. Pero, pensándolo mejor, ¿no libra menos mal el que aquí lo pasa bien? En el morir

todos somos iguales, corriente; pero el que ha vivido con un poco más de desahogo, esa ventaja lleva.

Además, es natural que nos impresione más la suerte triste que nosotros podemos correr, que aquella que de fijo no ha de ser la nuestra. Se muere un Rey á pesar de su grandeza. Bueno; es decir, malo; pero los que deben experimentar más fuerte impresión son los demás Reyes, pensando que á ellos les va á suceder lo mismo: pasar del trono al sepulcro, suponiendo lo mejor. Pero á mí y á Mencheta, que de fijo no hemos de ser nunca Reyes, debe impresionarnos más la muerte de un periodista que se va de este mundo sin haber sido siquiera Villaverde y sin pagar la cuenta de la botica, v. gr., sino merced á una limosna anunciada en los periódicos.

Esto, esto es lo que nos puede suceder á Mencheta y á mí, y lo que debe ponernos el cuerpo como carne de gallina.

Yo fuí compañero de Nougués en su última campaña periodística en *El Progreso*. El Sr. Mencheta le habrá visto también mil y mil veces, en las reuniones de los periodistas, si bien Nougués no solía ir donde guisaban, y Mencheta, en buen hora lo diga, no pierde bocado; pero, en fin, de fijo le conocería.

Pues dígame el Sr. Mencheta si no se le ocurre lo

que á mí; la suerte de ese compañero puede llegar á ser la mía.

En cambio sería absurdo pensar que podamos morirnos como el Rey.

---

¡Ah, periodistas, periodistas! Abrid los ojos y ved, abrid los oídos—digámoslo así—y oid...

Un periodista notable, de la aristocracia de la clase, muere ciego á fuerza de trabajar... y Villaverde—que ve más que un lince—¡le manda 250 pesetas á la familia de Nougés, y lo sabe el mundo entero!

Si yo fuera Bossuet, encontraría más enseñanza en esto que en lo otro.

---

Verdad es que, según *La Época*, ¡siempre *La Época!* Nougés fué pobre porque quiso. Dice el periódico de la calle de..... (no sé la calle), en fin, dice *La Época*; Nougés descuidaba los intereses materiales y prosaicos.

No hay que echar la culpa á nadie de su pobreza, por consiguiente.

Lo que viene á decir *La Época*, en cobre, es que si hnbiera sido conservador, otro gallo le cantara.

Y es la verdad.

Pero amigo, fué liberal, demócrata, republicano, es decir, descuidó los intereses prosaicos y materiales, y murió sin dinero para pagar el entierro.

Y vino Villaverde, que no descuida los intereses en prosa ni en verso, y sacó de su bolsillo particular 250 pesetas y las mandó á *La Correspondencia*, digo, no, las mandó á la familia del finado.

Y aun á Villaverde hay que agradecerle eso, 250 pesetas; pero á *La Época* no hay que agradecerle más que esa observación justísima y *aviso á los vivos*. «Nougués murió pobre, porque descuidó los intereses prosaicós;» no fué consejero de ferrocarriles, ni supo lo que era un *infundio*, ni siquiera se reselló. En fin, él se lo tiene merecido. ¿Qué hizo en este mundo por los intereses materiales, que nos son tan precisos, como dice *La Época*, pues por otro nombre se llaman el *pan de los hijos*? ¿Qué hizo por el pan de sus hijos Nougués? Nada; trabajar á la luz de un quinqué hasta quedarse ciego, tener talento, repartirlo en letras de molde, propagar la idea de la libertad., y morir á oscuras y sin un cuarto... y sin libertad. Todo eso no equivale á lo que es capaz de hacer *La Época* en un solo día.

Por ejemplo, el día que salió de luto, como la dueña Quintañona, y nos habló de su dolor, que, á creerla á ella, era el *dolor de los dolores*. Eso es ser romántico... y de camino cuidar de los intereses prosaicós y materiales.

Compárese á Nougués, no ya con *La Época*, que es un genio y casi casi una institución, compáresele con Peris Mencheta, y se verá la diferencia que va de un hombre que se queda ciego trabajando á luz de un quin-

qué... la diferencia que va de ese hombre, digo... al inmenso dolor, al inefable dolor que sabe sentir un buen monárquico en momentos oportunos.

---

¡Oh! ¡Quién fuera Bossuet... mezclado con un poco de Juvenal!



## CRÍTICOS ANÓNIMOS

CON esto de ser pobres la mayor parte de las empresas de los periódicos, se va poniendo intrasitable la *sección literaria* de casi todos los papeles públicos.

No hay dinero para pagar á los literatos, y se entrega la literatura á los aficionados. La crítica es la que más padece con esta penuria. Estamos condenados á crítica *embolada* para mucho tiempo.

Antes criticaba Balart; ahora no hay quien pueda pagarle, y critica un señor que firma X, ó Fulano, ó Cualquiera, ó Yo, ó con el nombre vuelto como un calcetín, ó *Un lector*.

Esto de *Un lector*, dicho así ó de otro modo, es lo que más me irrita.

La muletilla es esta: «aunque no pretendo ser crítico,» ó lo que es lo mismo, «aunque no tengo la pretensión de ser Aristarco,» ó si no: «no vamos á escribir un *juicio crítico*, vamos á reflejar sobre el papel las impresiones de una lectura rápida, etc., etc.»

Pues si usted no es Aristarco, ni crítico, ni *chicha ni limoná*, ¿quién le mete en camisa de once varas?

¿Desde cuándo el oficio del lector, del *mero lector*, como dice alguno de estos censores, consiste en juzgar públicamente las obras de arte?

¿Por qué han de querer ustedes tener autoridad ni ser leídos siquiera?—El lector es el que lee y se calla; lo dice ello mismo. ¿Llamarían ustedes oidor al relator, ni abogado al testigo? ¿Qué quiere decir eso de que un lector, á quien los escritores suponen siempre benévolo y hasta *pto*, se suba á la parra y comience á vociferar desde la tercera plana de un periódico, por el fútil pretexto de que es suscriptor y busca más suscriptores, y tal vez el director le debe dinero? Que se lo pague. Pero que el lector deje en paz al público. Figúrese que los demás lectores, que tienen igual derecho, hicieran lo que él y mandaran á la prensa su opinión. ¡Dónde íbamos á parar! Sería cosa de que el novelista, v. gr., anduviera de casa en casa tomándole la medida al gusto de cada cual, para que después no saliesen diciendo en los periódicos que *se las hablan sacado apretadas* ó que *le ventan muy anchas*, aludiendo á las novelas, y no á las botas, como parecía colegirse del contexto.

Por ese camino de los *críticos-lectores* va á llegar el día en que la crítica sea una cosa por el estilo:

«Señor autor: he comprado un libro de usted, ó si no lo he comprado, se lo he pedido prestado á mi primo Sebastián, y es lo mismo. No vale las tres pesetas que

cuesta. Es usted un *carero*. Eso es un *ladronizo*. Ya podría usted rebajar dos reales, porque el final, francamente, es poco verosímil. ¿Dónde se ha visto que una suegra se envenene? ¡Si fuera envenenar á los demás! No es usted nada interesante. En ese libro todos mueren en la cama. ¡Vaya una vulgaridad! ¿Y por eso pide usted tres pesetas? En la cama pienso morirme yo sin pedir nada á nadie. Además, no me gusta usted, porque es usted demasiado verde. Y además porque me han dicho que es usted demasiado rubio, y no me gustan los rubios. No vaya usted á creer que me las echo de crítica. ¡Valientes cursis son los críticos! No soy más que una señora viuda de un literato de verdad, de cuando los había. Mi marido escribía también para fuera; pero era mucho más *salao* que usted, ¡ya lo creo! mucho más. Y moreno. Y repito que yo no soy crítica. No hablo más que por impresiones. Y, en fin, porque estas son cosas de gusto. Vaya, con que rebaje usted esos dos reales, y mandar. Suya: Una lectora impresionable.»

Segundo modelo:

Señor autor: ¿y usted se llama liberal? ¡Qué ha de ser usted liberal, hombre! Lo habrá usted sido, pero ahora ¡quial! Lo que es usted, es un *pañtelero*; carta canta; en su novela, fecha de Octubre último, ataca usted al clero, y en eso obra usted como un santo; pero después se burla de un librepensador, y esto no está bien. Eso es poner una vela al diablo y otra á San Miguel, y querer co-

mer con todos. Además, usa usted unos terminachos que no los entiende el pueblo, el verdadero pueblo, el que suda y trabaja y no entiende esas cosas. Conque ¡valiente demócrata será usted! ¡Como no sea! No crea usted que yo me las echo de erudito, ni de literato; no señor, ni ganas; no soy más que un liberal muy consecuente; pero en uso de mi derecho de manifestación pacífica, le manifiesto á usted que su libro es una indignidad.—Un buen liberal.»

No se ha llegado todavía á tal extremo; pero ya se anda muy cerca.

Sus motivos suele tener ese *Un lector*, ó *X*, ó *Nadie*, *Uno de tantos*, para escribir su correspondiente *crítica*.. El principal es la vanidad, que se sacia viéndose en letras de molde.

Este motivo suele ir unido á cualquiera de estos otros dos: Primero, el deseo de la venganza. El autor ha llamado bruto al *lector*, por ejemplo, y el *lector se erige* en crítico para que el autor se las pague todas juntas.

Segundo, el afán de la lisonja; el lector le debe al autor un bombo, ó una butaca *de tifus*, ó una merluza, ó una manteca fresca, cualquier cosa; ó tiene que pedirle un favor, ó un duro (que es un duro y un favor), y le quiere pagar con álabanzas impresas el beneficio recibido ó el sablazo preparado.

Del primero de estos dos casos, el de la venganza, puedo presentar un ejemplo que me ha hecho mucha gracia.

Anda por el mundo, generalmente por las oficinas, un señor que se llama D. Jesús Pando y Valle, literato como él solo, poeta en épocas de cesantía, miembro de todas las comisiones habidas y por haber. El tal D. Jesús me quiere á mí mal, tal vez porque algún día dije en algún periódico lo que ahora repito; y digo tal vez, porque en Dios y en mi ánima, como dicen los clásicos baratos, no me acuerdo de haber escrito el nombre del Sr. Pando antes de ahora. Pues ¿qué hace el señor Pando y Valle para vengarse de las perrerías que acaso yo habré dicho de su ubicuidad *comisionera*? ¡Ahí es nada! Según me aseguran (porque tampoco esto lo sé de fijo), ponerme como chupa de dómine con motivo de cierto libro mío, en un periódico. ¿Y en qué periódico dirán ustedes? Según mis noticias, en uno que creo que se llama *El Consultor de los Ayuntamientos y Boletín de Pósitos*.

Perdonen los Pósitos si los calumnio sin querer, pero esto me han asegurado. ¡Ya ven ustedes si hay críticos que saben aprovechar las ocasiones! ¿Quién ha metido á Pando á decir si un libro es malo ó bueno? Él; se ha metido él sin necesidad de que se lo mandaran. Para ser crítico le bastaba la *gana que me tenía*. ¡Lástima que la oscuridad de su nombre y el no saber de la misa la media, le haya impedido recurrir á *La Época*, que es algo más literaria que el *Boletín de Pósitos* debe de ser, y no me quiere mejor que el Sr. Pando!

El cual, si todo esto es puro cuento, habrá de dispen-

sar; á mí me lo han dicho, y lo repito porque creo que tiene gracia y que sirve para mi asunto como ejemplo de mucha fuerza.

Si no es verdad, retiro todo lo escrito, menos lo de que el Sr. Pando se mete en todas las comisiones del mundo y hace más ruido que perro con maza, y todavía no ha hecho una nuez en su vida.

Esto no lo retiro, porque lo sé yo sin necesidad de que me lo cuenten.

El D. Jesús siempre anda oliendo dónde guisan comisiones. Esto es una verdad adquirida definitivamente para la historia.

Y el acordarme yo de él, pura casualidad.

Pues bueno: este y otros ejemplos prueban que eso de escribir quien quiere, y sin más atractivo que el de trabajar de balde, hace imposible la crítica: la transforma en sección de anuncios ó en sección de anónimos.

Callen para siempre esos *Lectores*, y conténtese con leer... si saben.



## NUMA ROUMESTAN

DE ALFONSO DAUDET

No es, en rigor, trabajo por completo ajeno á la crítica de la literatura nacional el que tiene por objeto examinar las obras importantes que publican los escritores franceses. La influencia de las letras francesas en las españolas es tan grande, que suele servir de tema á los académicos catecúmenos para probar su patriotismo literario protestando enérgicamente, y no sin algún galicismo, de este pernicioso influjo, que, según los seudoclásicos, nos trae, con la corrupción de las costumbres, la corrupción de las leyes, y otra porción de cosas podridas. Digan estos señores lo que quieran, la relación de intimidad entre las literaturas francesa y española obedece á causas invariables que la sociología, como ya empieza á decirse, puede explicar perfectamente. No es mi objeto hoy tratar este punto, sino decir únicamente que las producciones de los ingenios franceses contemporáneos son un elemen-

to importante de nuestra vida literaria, por lo que influyen en el gusto y opinión de público y autores, y que, por consiguiente, examinando de tarde en tarde los libros más notables de Francia, no se hace más que apreciar uno de los datos que es preciso tener en cuenta al estudiar nuestra transformación literaria. El nunca bastante llorado Revilla había emprendido hace años, desde las columnas de *La Ilustración Española y Americana*, la tarea de pasar revista á las obras extranjeras más dignas de atención; y si bien mi ánimo no es continuar aquel trabajo con mis pobres fuerzas, sí quiero llamar la atención de críticos más competentes, para que traten este aspecto de la literatura nacional: el de sus relaciones con las extrañas. Aquí suele dejarse esta materia á los corresponsales de los periódicos, y (dicho sea sin ofenderlos) ni estos señores son siempre literatos, ni escriben siempre en castellano, ni siempre se abstienen de copiar las censuras del *Figaro*, del *Voltaire*, de *Le Temps*, etc., etc.; y seguramente no es eso lo que se pide. Basta de prólogo.

Alfonso Daudet ocupa en la literatura francesa una posición que cualquier traductor de los que hoy ejercen, llamaría *desembarazada*; aunque algunos idealistas à *outrance* le tienen por naturalista, nadie le arroja los enormes peñascos de injuria y calumnia que caen á menudo sobre Zola y cuantos le siguen. Daudet tiene un público suyo, que no es una escuela, que es toda Francia, toda Europa, todo el mundo culto cuando es-

cribe obras como *El Nabab*, y cuando no, por lo menos una escogida parte del número total de lectores, la mejor y más sana sin duda. Si por naturalismo se ha de entender algo más amplio y comprensivo que lo que quieren sus enemigos declarados y algunos amigos imprudentes, algo y mucho de naturalista tiene Daudet, si bien se ve desde luego, en cualquiera de sus obras, que esta cuestión, en cuanto autor, no le preocupa, siendo su propósito exclusivo buscar resortes que muevan el alma del lector con el interés de lo bello, pero nunca mediante recursos de mala ley, ajenos al arte. Esta paz, esta calma, esta imparcialidad, acaso quitan á los libros de Daudet cierto valor que no suele mantenerse mucho tiempo en el mercado: el valor de ser libro de combate, de escándalo. Mas por otra parte, sabe Daudet dar á sus obras interés de actualidad, atrayendo á los lectores de todas las opiniones, de todos los bandos. Muchos idealistas jurados conozco que no han leído de Zola más que *L'Asommoir*, y sin embargo le insultan sin miedo; pero esos mismos conocen perfectamente *Jack*, *Fromont jeune et Risler aîné*, *Le Nabab*, *Les Rois en exil*, etc., etc.; y es porque Daudet, aunque peca, no predica el pecado, no es un hereje contumaz. Yo no alabo ni censuro este alejamiento de la lucha ardiente, y no atribuyo á él la inferioridad que encuentro en el talento de este ilustre novelista, si le comparo con el talento de otros más discutidos ingenios. Me sucede con Daudet algo parecido á lo que me

sucedía con Ayala antes de que este gran poeta hubiera escrito *Consuelo*. Como el que más, admiraba yo el arte con que estaba compuesto *El tanto por ciento*, comedia de forma primorosa, delicada joya de la poesía sin duda; pero ni la idea, ni la intención, nada de lo que suele llamarse fondo, me admira en esta obra, hasta el punto de reputar á su autor príncipe de nuestro teatro. Mas Ayala escribió después *Consuelo*, y allí se reveló la profundidad de aquel ingenio soberano; y sea ó no contra la corriente, juro mil veces que esta comedia, y no otra, es la que señala el más alto vuelo de aquel poeta insigne. Daudet, que siempre acierta en el desempeño de sus propósitos artísticos, jamás ha pensado hasta ahora obra de tal importancia que pueda colocarle al nivel de los Balzac, de los Flaubert, de Zola mismo, aunque esto escandalice á muchos. Nunca hay en Daudet la profundidad, la grandeza de ideas que hacen reconocer al escritor de primer orden; su habilidad es suma; su prudencia, esta gran aspiración de los artistas, jamás le consiente perderse en lucubraciones para él imposibles; siempre trabaja en la tierra firme, y en lugares conocidos, y nadie haría mejor que él lo que él hace. Pero no cabe negar que otros escriben novelas de más importancia. Si fuera cierto que en el arte no valen comparaciones y que una obra, con ser perfecta en su género, vale tanto como otra cualquiera, las novelas de Daudet, algunas al menos, no tendrían nada por encima de ellas. Pero ese criterio, aun contra

las apariencias, es falso. Sólo la abstracción puede dividir de ese modo la realidad de la belleza, y negar sus grados en toda la extensión de sus manifestaciones. Un epigrama, aunque lo supongamos perfecto, vale menos, en la relación general que existe entre todo lo bello, vale menos que la *Comedia* del Dante, que *El ingenioso hidalgo*. Musset, en su género, es tan acabado poeta como Victor Hugo; y sin embargo, Victor Hugo es más grande poeta. Las tragedias de Racine, algunas son perfectas en su género, y nunca valdrá Racine lo que Sófocles. Por mucho interés que despierten las aventuras del pobre Jeanssoulet, el mejor *tipo* que hasta ahora ha presentado el autor de *Numa Roumestan*, nunca podrá compararse al *Nabab* con *Quasimodo* ni con *D. Quijote*; está, á su manera, tan vivo, tan correctamente pintado como los otros... pero es mucho menos hondo; su asunto, menos grande, menos importante.

Después de leer *Madame Bovary*, el espíritu queda por mucho tiempo impresionado; el pensamiento vuelve, sin querer, á meditar aquellas profundísimas cosas que dicen, sin decir las, los extravíos de la infeliz provinciana y la muerte por amor de aquel prosaico médico. La vida de Gervasia, después de leer *L'Assommoir*, se convierte para el lector atento y de corazón, en una pesadilla; no, no son mero solaz del espíritu novelas de esta índole; el tiempo que se invierte en leerlas no lo echa la conciencia á la cuenta del tiempo

disipado; lo cuenta como horas de trabajo, de educación del espíritu. En toda alma que no se haya cerrado sistemáticamente á cal y canto á toda influencia nueva, dejan las obras de Balzac, de Flaubert, de Zola también, algo que hace época en la historia íntima del pensamiento; á menudo en la vida se nos ocurren comparaciones que se refieren á las ideas, á los caracteres de aquellas obras profundamente humanas. Pues bien; Daudet no diré que no ofrezca jamás ejemplo de cosa parecida, pero en tan importante respecto, está muy lejos de esos autores y de otros semejantes.

El fondo de los libros de Daudet, de los más leídos aquí en España, por ejemplo, *El Nabab*, *Los Reyes en el destierro*, es lo que llamaría Victor Hugo el primer viento del espíritu, el viento de la sátira. Pero, si valen comparaciones muy traídas y llevadas, su sátira no es la de Juvenal, no es la que inspira

«Ces haines vigoureuses  
que doit donner le vice aux âmes vertueuses;»

sino parecida á la de Horacio, cuyo propósito más era entretener el tiempo contemplando los vicios ajenos, pintándolos y perdonándolos, que herir de muerte á una sociedad caduca. *El Nabab* y *Numa Roumestan* son el objeto de la sátira de Daudet, en uno y otro caso más política que de carácter íntimo; Daudet flagela aquí, pero no sin piedad, vicios que no nacen de la

perversión ni causan grandes estragos. *El Nabab*, que yo no he de analizar ahora, es el creyente del oro, el aventurero que quiere deslumbrar y vencer á París con la riqueza, y que recibe el castigo de su vanidad en la vanidad misma. *El Nabab* llega, como *Numa*, á la política, habla también en la Cámara de diputados; pero no tiene vocación de ministro, y su novela es más *privada que pública*. Pero *Roumestan* es la personificación de los políticos de oficio, y en éste la sátira, siempre alegre y bondadosa, de Daudet, es predominantemente política. Nada de profundidades psicológicas: análisis perfecto, eso sí, de vicios superficiales; más bien que de un carácter, de un temperamento. *Numa* lo dice, y tiene razón: ¡este maldito Mediodía! Lo que examina aquí Daudet, es el efecto del sol á tantos grados de latitud Norte. Está en su derecho, y más haciéndolo con el acierto con que lo hace. Se le ha permitido al naturalismo confesado analizar las relaciones fisiológicas determinadas por la herencia: ¿por qué no se le ha de permitir al naturalismo que contemporiza y no se confiesa, estudiar la relación del temperamento al clima? Si la belleza que puede nacer de la personalidad, bien discernida, bien sustantiva, pierde algo con este estudio, más físico que psicológico, no es culpa de la impericia, sino propósito deliberado del novelista, que cuenta con otros elementos para dar interés al libro, entre ellos la novedad del intento, aparte de lo dulce del canto.

Muchos idealistas han protestado ya hace tiempo contra la influencia fisiológica en la novela; ¡cuánto más vivas debieran ser sus protestas contra esta influencia etnológica que aparece tan poderosa en *Numa Roumestan!*

Yo no voy á referir á mis lectores el argumento de este libro; supongo que lo saben; pero además, el argumento es lo de menos: las peripecias de la acción son aquí pretexto para hacernos ver en sus diferentes fases el carácter de este provenzal, que con la facundia del mediodía va á conquistar por segunda vez la Galia, llegando á ser ministro de Instrucción Pública y Cultos. El análisis de este personaje tiene que ser somero, porque en *Numa* no hay más que superficie, y es precisamente la señal peculiar de este carácter, mejor diré otra vez, de este temperamento. El autor, para hacernos conocer bien á semejante hombre, no ha ideado aventuras de las que hagan salir á lo exterior profundidades psicológicas; *Numa* vive al día; es uno de tantos hombres irreflexivos que llegan á los altos puestos á pesar de faltarles grandes méritos, y acaso por esto mismo, pero que tienen en abundancia las cualidades que sirven para deslumbrar á las medianías; *Numa* es la encarnación del vulgo, es el *sermo vulgaris* hecho ministro: su discurso de Chambéry, serie de falsedades y lindezas, de tópicos y vulgaridades, le eleva á esa altura á que han llegado por discursos análogos muchos hombres de Francia y de otros países.

En nada conviene no pasar de los veinte grados de que habla Valera en *Pasarse de listo*, como en la política; en literatura, en filosofía, el hombre mediano no es nadie; en política, casi siempre es un hombre mediano el primero. Desde este punto de vista, la creación de *Numa Roumestan* asombra por lo verdadera y exacta y oportuna. Yo conozco á muchos exministros españoles que, si leen *Numa*, tendrán que ponerse colorados; parece que es uno cualquiera de ellos; admitido el *tipo* como tal representación de toda una clase de hombres por un lado, y por otro de una raza, nada más artístico que los medios que Daudet discurre para poner de relieve el temperamento que examina. El estudio directo es en esta novela el meridional encumbrado, el hombre palabra, que no sabe más que mentir, que no tiene la palabra como un medio, sino como un fin supremo, que piensa algo para poder hablar, que no habla porque tenga algo que decir. Pero indirectamente resulta en esta novela una sátira, muy discreta y de gran efecto, de las costumbres políticas. Poco insiste en esta relación el autor, y prefiere analizar la vida privada del hombre público; para ello deja casi siempre de tratar las escenas, indicadas por el asunto, del ministro enfrente del público, en la política, y nos cuenta sus relaciones con una cantante, sus falsedades, sus engaños en el hogar, sus promesas locas, contradictorias, nunca cumplidas, su prurito de mentir, y ofrecer, y olvidar.

Por desgracia, entre los episodios de la novela hay uno, el más largo, tanto que casi es una novela aparte, que no contribuye á la expresión del carácter de *Numa*, y es el episodio que en cada página aparece de los amores de Hortensia y Valmajour. Aparte de que hay mucho de inverosímil en aquella exaltación de la fantasía que toma Hortensia por amor, todo esto huelga, entorpece el desarrollo de la acción principal y hace que parezcan dos novelas aquellas aventuras tan desligadas y tan innecesarias la una para la otra.

Entre los personajes secundarios, aunque no hay ninguno que tenga personalidad de gran relieve, los hay muy bien trazados. Rosalía, el contraste demasiado acentuado de *Numa*, su esposo, está presentada con muy delicados y finos colores, sobre todo al final de la novela, que es, por cierto, de muy artística composición, y al par natural, interesante y más profundamente pensado que lo demás del libro.

Bompard es el compañero constante de *Numa*, como era Mompavon el amigo fiel y entrampado y pobre de Jeanssoulet en *El Nabab*. Mompavon, sin embargo, era superior á Bompard, por lo detenido del estudio y la verdad de los rasgos.

Lo mejor de esta obra está sin duda en lo primoroso de la labor, en la elegancia y discreción con que se pinta y se manejan los resortes del interés. Se ve, ante todo, al novelista que ya es maestro; huye Daudet las dificultades que pudieran traer sombras á sus cua-

dros, y para su meridional, todo calor, luz y superficie, escribe un libro donde hay mucha luz, no mucha profundidad, y sí mucha alegría. El autor no quiere entristecerse ni entristecernos: no se detiene mucho tiempo en la muerte de Hortensia; de aquella desgracia hace brotar la reconciliación de *Numa* y Rosalía, y en seguida vuelve á los tonos vivos y alegres; y termina con el hermoso capítulo del *Bautizo*, el mejor de la obra acaso, aunque también vale mucho el de *Año nuevo*.

No vale, ni con mucho, *Numa Roumestan* lo que *El Nabab*, que es el libro de Daudet á que más se parece; pero aún tiene mérito suficiente para ser leído con avidez por los amantes de la novela moderna.





# UN DRAMA DE RENÁN

LE PRETRE DE NEMI.—*Drame philosophique.*

## I

**E**RNESTO Renán, entre las personas supersticiosas de España y las que fingen que lo son, pasa por una especie de encarnación del diablo; se cree que es un renegado de mala índole que persigue á Jesús con una especie de rencor de apóstata, con un odio personal. No saben los fanáticos, y fingen no saber los que los gufan, que Renán es un gran talento consagrado á la ciencia, un gran artista de la palabra y un pensador que burla burlando, y entre antítesis y hasta paradojas, sabe penetrar en el alma y observar con original criterio la misteriosa urdimbre de la vida.

No se dice todo con decir que en filosofía es un *dilettante*; sí lo es, pero no como uno de esos espíritus de segundo orden que aparentan una profundidad que

no tienen, merced á ciertos espejismos del estilo y de lo que llaman los franceses *esprit*, elevado á muy alta potencia. Renán es también todo eso, pero es algo más; es, repito, pensador original y serio.

La fama que tiene en su patria y en todo el mundo civilizado, no se parece á la que han querido achacarle los teólogos de escalera abajo, los malos sacerdotes y los fanáticos vulgares.

Su *Historia de los orígenes del Cristianismo*, que consta de siete volúmenes, es uno de los trabajos más serios y completos de la moderna ciencia arqueológica ó filológica (en el sentido exacto de la palabra) (1); y en lingüística, es el autor de la *Historia general de las lenguas semíticas* la primera figura de la Francia contemporánea. A otros filólogos, tan sabios como él acaso, les lleva la ventaja de ser además un filósofo y un artista, y así puede juntar á una gran sabiduría las especiales dotes de pensador y poeta que brillan en obras como *Averroes y el Averroísmo*, *El libro de Job*, comentado, *El Cantar de los Cantares*, comentado también, y otros trabajos por el estilo.

Pero hay varios libros de Renán en que el arte no entra como un ingrediente oportuno, sino como principal elemento, ó por lo menos con igual importancia que el propósito filosófico ó histórico.

(1) En el sentido en que emplea la palabra «filología» Oufried Muller, por ejemplo, y en el que emplea el adjetivo «arqueológico» Taine.

Aun para aquéllos que no quieran ó no puedan ver en Renán al sabio historiador y lingüfsta, es un eminente autor y pasa por el primer estilista de Francia en estos días, gracias á esas obras poético-filosóficas.

Decía, con razón, un crítico que en España no se escribe más que poesía lírica, ó comedias ó novelas; y que en Francia autores como Quinet, Michelet y Renán producían obras literarias de singular factura, que sin ser novelas ni poemas, ni comedias, ni poesía lírica tenían su clasificación propia en el arte. Y recordaba el crítico que libro de esta índole, de importancia á lo menos, ninguno se podía citar desde los *Recuerdos de Italia*, de Castelar, á la fecha, en nuestra patria.

Pues bien: Renán es acaso el escritor más eminente de cuantos cultivan el arte literario con estas formas mixtas, tan propias del estado actual de la cultura. La novela, que tiene tan ancho campo, pues llega á abarcar obras como *Bouvard et Pecuchet*, necesita cierta acción, en que el interés primero, inmediato, sea el aparente, el que sirve de objeto al artista, y por esto ciertos asuntos no caben en la novela sin desnaturalizarla. Renán no ha escrito novelas, á pesar de ser tan idealista como se proclamó él mismo en ocasión solemne, comprendiendo, sin duda, que el simbolismo esencial de los personajes que él necesitaba no daría argumento jamás para una acción verosímil y el interés propiamente humano. Por lo cual ha preferido siempre, hasta ahora, la forma que inmortalizaron Platón y Luciano, dándole

unas veces su nombre propio, el de diálogo, y otras el de drama, pero sin pretender jamás escribir un drama *escénico*, ó drama de teatro.

Así, á los *Diálogos filosóficos* siguen *Caliban* y *L'Eau de Jouvence*, dramas filosóficos, y después de los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, en que se aproxima más á la novela autobiográfica y á la narración naturalista (como, v. gr., en el precioso episodio titulado: *Le broyeur de lin*) viene este *Prêtre de Nemi*, otro drama filosófico, que más bien pudiera llamarse diálogo dramático.

No es popular Renán en España, como artista de la palabra; los unos no ven en él otra cosa, para bien ó para mal, que el autor de la *Vida de Jesús*; se necesita acercarse á la aristocracia del gusto para encontrar un don Juan Valera que elogia con entusiasmo el estilo del insigne escritor francés (en la *Metafísica á la ligera*, cartas á Campoamor) y para encontrar un Castelar que ostenta en su librería lujosamente encuadernadas (y leídas á menudo) las obras completas de Renán, del que se manifiesta admirador como de pocos.

Algunos sabios por boca de ganso han repetido entre nosotros, en revistas y ateneos, que Ernesto Renán era un imitador de Strauss, que de los libros históricos de éste había sacado lo esencial de los suyos, lo más importante de cuanto se refiere al caudal de datos históricos y de crítica. Es esta una calumnia grosera; Renán, no sólo no necesita imitar ni copiar á Strauss, sino que en muchas cualidades, las que atañen á la elevación y

delicadeza de espíritu, le lleva notable ventaja. Strauss, al atacar creencias arraigadas, lastima más al paciente; no se le niega la condición de buen cirujano, pero maneja los instrumentos del oficio con una maestría puramente técnica, despiadada; no piensa en el dolor del *operado*, sino en el resultado de la operación; no aplica al paciente el cloroformo del arte, y sucede con él como con otros muchos librepensadores modernos que parece gozan en el dolor de las almas á quien hacen las operación de la *fe ciega*; no se les mira con cariño, aunque se les dé la razón y se les reconozca la buena fe y el justo título (1).

En cuanto á Renán, no es el hipócrita que aparece en la estereotipia de los sermones de aldea, ni tampoco el *jongleur* filósofo que nos quieren pintar algunos pensadores demasiado serios y demasiado sombríos.

Sea lo que quiera de las ideas, de la realidad, de la historia, de los destinos del hombre, agrada ser agradable, es una dulzura ser bueno, amable, saber sonreír, saber llorar; sentir también y con tanta fuerza como manda la lógica del idealismo más convencido de sus óptimas ilusiones.

Esto opina Renán, y así lo exige su carácter, tal vez su temperamento, tal vez su misma historia.

Y además, piensa: ¿quien sabe? el mal parece inago-

(1) Véase, por ejemplo, el prólogo de Strauss en su *Vida de Jesús*, y compárese con la introducción de *Los Apóstoles*, de Renán.

table, pero acaso no lo sea. Tal vez lo último no es el error, la nada, el absurdo.

Y al fin, Renán, como todos los hombres de buena voluntad, sean de las opiniones que sean, acaba por representar el papel de *Segismundo*, y por decirse:

Obrar bien es lo que importa.

No dirá: *para cuando despertemos*; pero sí: *por si despertamos*.

El autor de *Le Prêtre de Nemi* parece poco formal á otros pensadores porque piensa alto todo lo que piensa, no sólo aquello que entra en las casillas del sistema preferido. Y además, como es artista, al *pensar alto* habla para mucha gente.

A Renán lo entienden más hombres que á otros filósofos, porque además de pensador es poeta.

Lleguemos ya á su drama.

## II

Acompaña al último libro del ilustre escritor francés un prefacio, que no es parte de la obra misma, como suelen serlo los prólogos de tragedias y comedias, aunque viene representando funciones parecidas á las de éstos.

El prefacio de *El Sacerdote de Nemi* es de lo más sustancioso del libro. Renán se encuentra en la necesidad, muy frecuente en estos tiempos de crítica al minuto,

de explicar á los mismos censores de su obra el propósito y los procedimientos artísticos que ellos han desconocido y truncado.

Al autor de uno de estos libros de *segundas intenciones*, como los llama recientemente Campoamor en sus *Humoradas*, le molesta, más que la censura fría y hasta despiadada, la falta de inteligencia del crítico. No ser comprendido lastima más que ser insultado. Siempre ha habido críticos malos, críticos ignorantes, de poco gusto, de cortos alcances; pero ahora lo que llaman algunos el *modernismo en la prensa* (que artículo aparte merece) ha puesto de moda al crítico sin pizca de formalidad, al crítico *reporteur*, que se va muy temprano á casa del autor á sorprenderle afeitándose ó dejándose afeitarse, y á sonsacarle (además de verle en mangas de camisa) lo más íntimo de su conciencia, su última idea sobre Dios, sobre el mundo, y sobre todo lo alto y sobre todo lo bajo. Este procedimiento podrá darnos buenos resultados aplicado á una bailarina y aun á un político de esos que les andan contando á las esquinas los misterios de su política maquiavélica y sutil; pero tratándose de verdaderas personas serias, como son los escritores que valen algo, semejantes confidencias reveladas por los correveidiles del modernismo suelen tener malas consecuencias. Tales periodistas sabrán describir bien, si acaso, la habitación en que los recibió su interlocutor, los muebles que allí había, hasta la tortilla que el personaje estaba almorzando; pero al llegar

á las ideas comienzan á no entender y dicen uno por otro y sirven al público un escritor falsificado, mucho más vulgar que el que se queda en casa en paños menores. Renán ha sido esta vez, como otras, víctima de los periodistas ingeniosos y casquivanos que saben las cosas antes de enterarse de ellas, y de los errores en que han incurrido con motivo de su drama esta clase de críticos, y otros que, aunque más parsimoniosos, no ven más claro, es de lo que defiende su obra.

Lo más profundo que había visto en ella algún revisero de París, era el doble fondo que le suponía de alusiones políticas á los personajes de la República francesa y á la rivalidad de Alemania y Francia. Ya entre nosotros un escritor notable, residente en París, Pompeyo Gener, rectificó este error haciendo ver que no era éste, que no podía ser este el *fondo del fondo* del drama de Renán. Yo creo lo mismo, sin que niegue que el pensamiento del autor pueda haber experimentado esta especie de bifurcación que todo el que se haya consagrado á trabajos por el estilo recordará haberle ocurrido en sus ideas representativas alguna vez. Este género de espejismo de los símbolos es frecuente, y ahí esta la Biblia, por ejemplo, ofreciendo á los bien intencionados intérpretes multitud de sentidos en sus figuras. Es posible, tal vez probable, que la situación política y moral de Francia y sus relaciones con Alemania hayan surgido por asociación de ideas ante la imaginación de Renan, según éste fabricaba su drama,

fundado en más generales propósitos, y es posible que en adelante, reflexivamente, el autor se haya propuesto dar á algunas de las referencias de su obra este doble alcance filosófico, universal y de actualidad en cierto modo maliciosa; pero no podría asegurarse que tuviese en la mayor parte de las escenas presente esta intención de interés puramente nacional, pues lo mismo que puede aplicarse el simbolismo del drama á la vida política actual de los franceses, puede referirse á la de épocas anteriores, y á la de otros países, á la de España, por ejemplo.

Lo que importa tener por cierto es que *Le Prêtre de Nemi* no es una lección indirecta á los franceses que no piensan en política como Renán, y nada más que esto; si así fuera, como han venido á indicar algunos críticos, se trataría de una obra de ingenio malicioso, de una alegoría picaresca, tal como las suelen publicar en el *Figaro* (aunque mejor escrita, es claro), *Caliban*, —ó sea Bergerat, Ignotus y el mismo Alberto Millaud. Es claro que no ha faltado en Francia quien diese más valor y alcance que todo eso al libro de que trato; así, entre otros, M. Paul Bourget, ilustre ya, aunque joven, como novelista, psicólogo y crítico, vió algo más que pudo ver A. Vitu en *Le Prêtre de Nemi* y refirió esta obra al movimiento actual del espíritu literario, especialmente el francés. Y este es el camino para analizar con algún provecho este drama filosófico.—La tendencia actual de las letras francesas, en lo que tienen de

más fuerte, espontáneo y propiamente moderno, es el pesimismo, por supuesto con muy distintos matices. Abarca esta tendencia—con este nombre poco exacto y á veces poco justo—á los que á sí propios se llaman *decadentistas*, entre los cuales hay grandes talentos, y en medio de cierto amaneramiento confesado, indudable sinceridad en algunos; abarca el pesimismo determinista y sistemático de Zola, cosa mucho más grande y tal vez fecunda de lo que se piensa, y abarca también en cierto modo al mismo Paul Bourget y al mismo Renán. ¿Cómo comprende el pesimismo á éste? ¿Hasta qué punto puede ser propia la palabra *pesimismo*, tratándose de *Le Prêtre de Nemi* y de su autor? Investigar esto será el principal objeto de todo mi trabajo; y para ello servirá en gran parte el prefacio que ha puesto Renán á su libro (1).

Es claro que contra esta tendencia del espíritu francés literario actual protestan multitud de escritores, muchos malos, gacetilleros los más, algunos medianos, y dos ó tres buenos. No es en nombre de una filosofía superior al pesimismo (que debe de haberla), como se le ataca, sino con chistes y frases hechas, desdeños de club aristocrático ó de sanedrín literario, y sobre todo con la famosa *alegría de los galos*, con el *franc rire des gaulois*, que aunque fuese un argumento, ya habría dejado de serlo, á fuerza de gastado.—¿Dónde está esa ri-

(1) Es notable el estudio psicológico de P. Bourget acerca de Renán. Yo no lo había leído cuando escribí este artículo.

sa nacional?—pregunta con justa duda Paul Bourget.— Peregrina razón es, de todos modos, para que un hombre se ría y encuentre el mundo bueno, ó por lo menos digno de risa, el ejemplo de antiguas generaciones que se rieron del mundo. ¿Tenéis dudas, tenéis penas, morfs de incertidumbre? No importa, reid, que así lo hicieron vuestros abuelos. ¡Absurdo! Decretar la alegría patriótica, es una broma excesiva; no puede llegar la patriotería más lejos. Todo eso es artificial. En cambio, acaso el espíritu francés (y el de otros pueblos) gane mucho para lo porvenir dejándose caer en esa tristeza reflexiva, lo cual no es al cabo más que dejarse caer en el fondo del alma; y si está de Dios que haya esa restauración del ánimo y de las ideas porque tanto suspiran muchos, con razón acaso, no hay otro camino para llegar á ella que el que siguen, aunque sea sin tal propósito, las almas francas y nobles que declaran triste la vida actual, y que confiesan que este mundo abuhardillado, sin más cielo que un cielo de raso hecho por albañiles como Comte, Spencer (1), Haeckel, etc., no les seduce, como á esos señores sabios *positivos y prácticos* que viven tan satisfechos, seguros de no dar cabezadas contra el techo de cal y canto de esta miserable casa de vecindad, porque jamás tendrán el antojo de volar, ni siquiera de dar un salto. Encerrad á una

(1) Después del libro de Spencer sobre el elemento eclesiástico en la sociología, no se puede decir que esté bien colocado entre Comte y Haeckel.

golondrina y á un ratón en una despensa bien provista de alimentos que roer. El ratón será un optimista prudentísimo y le dirá á la golondrina, que no hace más que quejarse:—¡Chist!... no se te puede sufrir; eres una pesimista bien sosa. ¿Dónde está la *alegría gala*? (si el ratón es español, podrá decir la *gracia andaluza*.) Me aburre tu amaneramiento. ¿Qué echas de menos? ¿El aire? ¿La luz? Tonterías: aquí se ve lo suficiente para dar con los manjares; y en cuanto á respirar... nos sobra casi todo el aire. Cría dientes, cría dientes y córtate las alas, y tú encontrarás al cabo en esta despensa el mejor de los mundos posibles.

El discurso de mi ratón es el resumen de los argumentos que sus congéneres emplean contra lo que se llama, por acabar pronto, el pesimismo.

El libro de Renán es la contestación que pudiera dar al ratoncillo la golondrina empeñada en no perder la esperanza de salir de la despensa, que cada día encuentra más abominable.

Ya ve el lector que esto es algo más importante que hacer caricaturas en prosa de oportunistas y radicales.

### III

Así empieza el prefacio del drama: «He querido en esta obra exponer un pensamiento análogo al del mesianismo hebreo, es decir, *la fe en el triunfo definitivo del progreso religioso y moral, á pesar de las victorias repetidas de la necedad y del mal.*» Bueno es tomar acta

de esta declaración explícita, concisa y sencilla que encabeza el libro, para no perder después el hilo de los propósitos del autor al penetrar en el *laberinto*, que tal parece á muchos, de sus antítesis y dobles puntos de vista, de su armonismo panorámico que á muchos se les antoja sofistería, humorismo, alardes de un ingenio escéptico en el fondo. No, no hay tal; no es incoercible la idea de Renán, ni son burlas sus aparentes paradojas. Es preciso atenerse á lo que declara explícita y sencillamente cuando expone sus propósitos, y no, como han hecho algunos, atribuirle las ideas que pone en labios de tal ó cual personaje que representa una teoría, una pasión, un error ó un vicio determinado. Cuando el prologuista se retira de la escena y hablan las figuras que inventó, ya no se trata del subjetivismo del autor, sino de la sucesiva aparición artística de las ideas encarnadas en diferentes clases, oficios, caracteres y temperamentos; y entonces es injusto atribuirle al artista los pensamientos y la voluntad que manifiestan sus criaturas; tanto valdría hacer á Dios responsable de los crímenes y de las necedades de los hombres. Y á pesar de ser esto tan conforme con la sana razón, hubo quien dijo que Renán defendía la cobardía y se burlaba del valor, porque un miserable que figura en su drama habla en este sentido.

Renán no es como aquel Cristolao y aquel Carneades que venían de Grecia á Roma á defender alternativamente el vicio y la virtud, la verdad y el error, to-

das las antítesis; Renán no es una sofista, ni opina como Protágoras, que el hombre es la medida de todo, que, *panta rei*, todo fluye, y que la verdad es, por consiguiente, incoercible; no, no es este el pensamiento del filósofo francés. No niega que la verdad existe, peor niega su posesión exclusiva á tal ó cual sistema. En el estado actual del espíritu humano, dice, la forma del diálogo es la única que puede convenir á la exposición de las ideas filosóficas. Las verdades de este orden no pueden ser ni directamente negadas ni directamente afirmadas. Lo que se puede hacer es presentarlas por sus fases diversas, mostrar en éstas la parte sólida, la débil, la necesidad, las equivalencias. Todos los grandes problemas de la humanidad están en este caso. ¿Quién osaría pensar hoy en una exposición regular de la ciencia política?... Hay que tener en cuenta la diferencia fundamental que hay entre creer y saber, entre opinión y certeza. Jamás se harán diálogos sobre la geometría, porque la geometría es verdadera de una manera impersonal. Pero todo lo que implica algo de fe, de adhesión voluntaria, de elección, de antipatía, de simpatía, de odio y de amor, se acomoda á una forma expositiva, en que cada opinión se encarna en una persona y se comporta como un sér vivo.

Así explica Renán su sistema de exposición filosófico-artística, y hay que conceder que esto es serio, y que no por revestir gran originalidad de expresión deja de ser profundo y oportuno modo de mirar la situa-

ción presente de la conciencia humana. Declararse católico ó declararse materialista es más fácil que ser católico en realidad todas las horas de la vida, ó materialista sin dejar de serlo un momento. No hay que confundir la sinceridad con el escepticismo, y Renán no es de los que se burlan de las opiniones, sino, al contrario, de los que ven en todas un aspecto de la verdad. Sin embargo, como hoy ya los lugares comunes y las frases hechas y las fórmulas estereotipadas lo invaden todo, también existe una teoría vulgar, que corre por las historias de la filosofía más superficiales, que se refiere á esta síntesis que los sistemas nuevos vienen á trazar para resolver las antítesis de los anteriores. En cualquier manual de filosofía se encuentra aquello de que los sistemas tienen de erróneos lo que tienen de exclusivos. Esto, que tal vez sea verdad, no siendo bien comprendido, como resultado propio de larga observación y experiencia, lleva al más superficial y vago dilettantismo filosófico, á ese *nihilismo* sentimental de algunos pensadores de afición que todo lo resuelven con el buen deseo de que al fin todo sucede, en la vida y en el pensamiento, de la mejor manera posible. ¡Oh! no; el mundo no es una cosa que se arregle tan pronto, ni la verdad está á la vuelta de la esquina. No hay que confundir á Renán con los pesimistas sistemáticos, de lo dicho arriba; pero menos se le debe confundir con ese optimismo al minuto, fácil y perezoso. La teoría de la exposición dialogada de Renán no da por resueltas las

antítesis del pensamiento ni las de la vida; justamente el *didlogo* se funda en la realidad *actual* de esa oposición. No es lo mismo, ni mucho menos, la teoría artificial en su forma, y según la entienden los más falsa y gratuita, de los armonismos filosóficos, que el progreso de la idea va trazando como círculos mayores cada día, y el pensamiento de Renán, que sin dar por resueltos problemas que no lo están, ni suponer una especie de drama preparado para representar conflictos y desenlaces que acabarían por ser monotonos, reconoce la grandeza de cada idea, el valor que encierran sus elementos positivos. Esto no es decir que todo sea verdad, que tanto valga una idea como otra; es apreciar el valor sustancial de cada conocimiento y atesorar todo lo que puede servir al hombre para levantar el corazón y la idea á las alturas. Y, en efecto, de la lectura de este libro, el lector atento y que sabe sentir no saca ese escepticismo burlón que ya se ha hecho una vulgaridad insoportable, sino una dulzura triste y resignada del ánimo, que tiende á la gracia y al reposo, sin asomo de voluptuosidad mística, porque para impedir que ésta aparezca, está allí, en la obra de Renán, la verdad *real, actual*, que impone la abnegación, el puro sacrificio como necesidad para el espíritu noble y fuerte.

Antistio, el sacerdote de Nemi, y Carmenta, la sibila, representan el bien derrotado, la pureza vencida y, con esto, la abnegación sublime. El bien nace, el mal lo abrumba, lo ahoga, como una vegetación tropical

que por todas partes lo acomete, y se alimenta de sus jugos, y trepa sobre él y lo oculta. Pero el bien renace, y aunque vuelve á ser ahogado, aún redivive, y este es el consuelo. No sabemos de su triunfo, sino de su resurrección. Y aunque al fin no triunfara, habría que amarle y sacrificarse por él. Esta es la teoría de Renán y del sacerdote de Nemi. Todo lo demás que vamos á examinar en adelante, obedece á esta idea y á este sentimiento; es forma especial, y accidental á veces, de lo mismo; sólo el que juzgue por apariencias y sin atender al conjunto, podrá ver en este drama filosófico uno de tantos alardes del *esprit* francés burlón, escéptico y gracioso. La gracia, el *esprit* y hasta la ironía, existen aquí al servicio de una idea santa, clara, sencilla, una vez penetrada.

Y ahora levantemos el telón. Estamos en Albalonga (que un revistero franco-español llamó *Alba la longa*, y gracias que no dijo *Alba la larga*). Lugar de la escena: la muralla; en el horizonte se columbran los muros de *Roma quadrata*.

#### IV

El sol se oculta allá hacia la parte del mar, y los habitantes de Albalonga contemplan á lo lejos la Roma Quadrata del Palatino y otra colina con un templo: el Capitolio. Ticio y Voltinio, ciudadanos sensatos, ha-

blan de los destinos de Roma, y describen con magistrales rasgos el carácter de aquel pueblo de ambiciosos que se fortifica como preparándose á ser dueño de mundo. «En esa *bicoca* (1) se habla de derecho de una manera absoluta, como si los que la habitan estuvieran encargados de dar un código al mundo entero,» dice Voltinio profetizando los destinos de Roma. Ticio no cree en los oráculos,—dice;—pero no importa, el mundo cree. Parece mentira que esos bandidos no se devoren unos á otros. Y replica Voltinio: «¡Oh, lugares comunes de la política vulgar! La división es una señal de vida y de fuerza. El orden es obra de anarquistas arrepentidos. Todo conservador tiene por antepasado un bandido. Después de haber robado los bueyes de Caco, Hércules se hizo el más vehemente defensor de la propiedad.» Por este principio de su diálogo, se ve claramente que Renán no trata, como haría un *naturalista*, de atribuir á sus personajes *el lenguaje que les serviría propio*. ¡Su lenguaje propio! El de los habitantes de Albalonga, setecientos años antes de Cristo!.. ¡Quién va á saber!... Renán escribe símbolos, es indudable, y se contenta con una verosimilitud dialéctica. Hablan sus criaturas como Renán hablaría en su tiempo y en su caso... sin dejar de saber todo lo que sabe el Renán de 1885, vecino de París.—Voltinio y Ticio, como todos los buenos ciudadanos cuando no tienen que hacer, ha-

(1) Fortificación pequeña. Anticuado en español.

blan de política. Hay un estorbo para que Alba pueda disputar el triunfo á Roma; el sacerdote de Nemi, Antistio, que se empeña en ser reformista, bueno, sincero, liberal. Así no se puede mover guerra. «Cuando los sacerdotes se meten á innovar... ¡cuidado! van hasta el fin.—Pero se atribuye demasiada importancia á la religión. Cetego y los suyos (los demagogos) son más peligrosos, con mucho...» «La vida es una lucha contra las causas destructoras.»

Escena segunda: entra un grupo de burgueses, y dice el primero: «El ser más peligroso es el que tiene hambre.—Pero no se puede dar trabajo siempre.—El año pasado se abrió un foso junto al lago; se podría rellenar otra vez.—Pero es que ese foso presta su utilidad.—Razón de más; el año que viene volvería á abrirse.»

En estas pocas palabras hay una crítica mordaz de la economía social de muchos estadistas modernos.

Después entra el pueblo bajo. Murmuran de Antistio, que no sabe ser buen sacerdote; no ha matado á su predecesor, como lo exige la buena costumbre, siempre observada. Además, atiende poco á las ceremonias del culto. No sabe su papel.—Yo he visto,—dice Herdonio,—á los antiguos sacerdotes; eran unos malvados, pero eran legítimos. Tenían que guardarse de sus mismos guardias que podían querer heredarlos. No podían dormir; no tenían tiempo de pensar.—Así debe ser; un sacerdote no necesita pensar.—Seguramente. Lo raro es que semejantes leyes se hayan hecho respetar.—Así es.

El respeto es cosa del uso. Antistio es el primer sacerdote que no es un bellaco; pues acabará mal.—El primero que suprime un abuso, perece en la demanda.—¡Bien empleado!—¿Por qué se mete en lo que no le importa?»

En seguida llegan los aristócratas. Mecio, jefe de los patricios, pide la guerra y discute con Liberalis, director de la burguesía ilustrada, que defiende al sacerdote reformista. Liberalis defiende la moral y el buen sentido contra las antiguas costumbres; Mecio replica: «el oráculo oscuro es á la vez absurdo y sublime.» En la argumentación de Mecio asoma el pesimismo social, la fatalidad triste del mal y del azar, y Renán, siguiendo su propósito, no quita fuerza á la elocuencia de los argumentos que hay en favor de esta causa desconsoladora.—Herdonio cuenta cómo Antistio supo vencer y supo perdonar, y cómo su antecesor murió rabiando. El pueblo no se conmueve.—La legitimidad—dice—es el polo de la religión. El mérito importa poco. El signo exterior es todo. Antistio no sirve para sacerdote. Reza, sueña, ora de corazón. El corazón... no lo oyen los dioses.»

—Tal vez no cree en ellos.—Lo cierto es que las ceremonias menudas se las encarga á Sacríficulo, su acólito.—Todo eso es absurdo, dice Mecio.

Antistio quiere que la religión ayude al progreso de la humanidad. No hay tal cosa; á la religión no le importa nada más que el culto; la política no la mantiene sino para eso.—Es verdad. La religión no hay que

mirarla muy de cerca. Las fórmulas sagradas, analizadas, no significan nada. «Yo soy moderno,—dice otro;—los dioses son algo, pero no todo...»

Como se ve, Renán, aquí expone las ideas corrientes en Albalonga... y en otras muchas ciudades del mundo. Todo esto es triste, pero es verdad. No tendrán *color local* estos diálogos, pero tienen *color universal*.

Después los demagogos se revuelven contra la aristocracia y la guerra. Cetego asegura que todo irá mal mientras los soldados, antes de salir á campaña, no comiencen por asesinar á sus jefes. La guerra es la explotación de los pobres. Sí—añade otro;—el valor es un lujo que hay que aniquilar con un impuesto.—Sí; y la virtud es un placer que se debe pagar.—¡Abajo la beneficencial

Ticio, el ciudadano sensato (y acomodado) que oye todo esto, exclama aparte: «Esto hace temblar. La sociedad descansa sobre verdades demasiado sutiles para que el pueblo pueda comprenderlas. Al parecer, ¿qué cosa más clara y más cierta que esto: «Yo he trabajado y sembrado este campo; luego el trigo que produzca debe ser mío? Y sin embargo, nada más falso.»—Cetego: «El guerrero es nuestro señor, y nuestro señor es nuestro enemigo. La batalla, la muerte es para nosotros; la gloria para el caudillo. Dicen que hay que tomar el desquite: ¿de qué? Yo declaro que no me siento vencido. Los enemigos son, después de todo, nuestros amigos.»

Liberalis, el burgués liberal, quiere que Cètego oiga la voz del patriotismo.—«¿No te entusiasma—le pregunta,—el gran carácter de Antistio?—No. Antistio es un aristócrata como otro cualquiera. ¿En qué se ocupa? Inspira á Carmenta oráculos que dicen: «La lengua del Lacio se extenderá hasta el fin del mundo.» ¿Y qué? Una doctrina más que servirá para que se maten miles de hombres. Civilizar el mundo... ¡bah! Fundar el derecho... ¡vaya un gusto! ¡Si de todos modos el derecho nuevo ha de servir también para reventar de hambre!...—Pero Antistio va á fundar una religión nueva, pura...—¿Qué importa? Tanto vale una clerigalla como otra. Orugas ó mariposas, siempre son el mismo bicho.—Pero el bien, la moral, la virtud...—Todo es invención de la clerigalla. Cuando nosotros mandemos será otra cosa. Antistio no nos sirve. Está á la vez más atrasado y más adelantado que su tiempo. Mala situación.»—Un ciudadano: «¡Pobre Antistio!—Está perdido; pueblo y aristocracia están contra él.—Su hija Carmenta es quien le pierde.—Profetiza siempre en favor de Roma...—El buen patriota debe negar siempre justicia al enemigo...»

Así termina el primer acto, en el cual no se presenta el sacerdote de Nemi, pero el lector por esta *voz del pueblo* ya le conoce cuando le ve aparecer en el templo edificado sobre una roca que cae á plomo sobre el lago.

No es posible, sin alargar demasiado estos artículos y convertirlos en una traducción, continuar extractando

las escenas del drama como se ha hecho con la exposición. Abreviaremos.

Antistio se presenta en el templo de Nemi hablando á la soledad. Sueña en voz alta con esa religión pura que se ha llamado natural, que debería ser la única que existiese en la tierra, y que es la única que no hay. El optimismo de Antistio es grandioso por su cándida sencillez. «Los dioses son una injuria á Dios,» dice. Y después, pensando más, añade... «y Dios será una injuria de lo Divino. Dios no obra tampoco por voliciones particulares. Hombre viejo, triste, te figuras á Dios como un juez á quien se corrompe... Las lágrimas: he ahí el sacrificio eterno, la libación santa, el agua del corazón. ¡Alegría infinita! ¡Oh, qué dulce es llorar!»

Hasta aquí habla con Antistio el entusiasmo puro, el sentimiento, que en su exaltación no recuerda las objeciones que al optimismo noble opone la realidad cruel y sorda. Después la estupidez humana, la maldad, los mil horrores de necedad que van acumulando las tradiciones, llegan á las gradas del altar en demanda de absurdos y ofreciendo carnicerías de sacrificios.

Antistio siente el frío del desengaño, esa aridez que siempre sintieron los más exaltados místicos en momentos de abandono. Antistio gusta esa hiel que gustó Cristo en la cruz. Me pierdo—exclama—pero, ¡si á lo menos fuese en provecho de alguien! Eso es lo terrible. El alma noble está decidida á ser buena, á sufrir por su ideal... y no sabe si será inútilmente. «Yo no veo de

lante de mí más que una tierra ingrata y un cielo triste,» dice el sacerdote, como nuestro Campoamor había dicho:

¡Así es la tierra y ¡ay! así es el cielo!

«El hombre necesita ideas estrechas. Quiere un Dios á quien pueda llamar «Dios mío.» Quiere un Dios-hombre. Le satisfaría. Innumerables pliegues del mar, no sois nada junto á las olas de sueños amontonados que la humanidad atravesará antes de llegar á algo que se parezca á la razón. Después de tanto desengaño, vuelve el flujo suave del consuelo. «¡Oh universo, oh razón de las cosas, yo siento que al buscar el bien y la verdad, trabajo para til» Esta es la oración del desesperado que es bueno.

Algo parecido puede haber acaso en el fondo de las palabras con que termina su última novela el eminente Zola. Sandoz, sin consuelo, viendo en el porvenir nada más que tinieblas, exclama después de terminar sus *trenos* de pesimista:

—Ahora, vamos á trabajar.

Sí: esta será la idea que podrá salvar acaso á la humanidad desesperada que se obstina en ser buena. ¡A pesar de todo, adelante! Esto es poco lógico, tal vez, mas por lo mismo es sublime. Y, como decía Stendhal, la belleza es siempre una esperanza.

Antistio no sabe ser el sacerdote que el pueblo pide; Mecio, el conservador, el jefe de los patricios, recono-

ce que es un grande hombre, un excelente sacerdote, pero por lo mismo no le sirve; hace falta que se conserve la superstición, porque la religión que se entiende, no vale. Y en una intriga dramática, en que con gradación artística aparecen todos los vicios y todas las preocupaciones sociales conspirando al mismo fin, el sacerdote bueno, el de lo Divino, perece. Muere Antistio entre el oleaje de un motín de demagogos. Liberalmente lamenta el asesinato, y Mecio, el patricio, tranquilo, risueño, le hace ver que fueron las masas que él quiere libres, las que mataron al sacerdote. ¿Y quién va á suceder á Antistio? Casca, el que le clavó el puñal; es lo lógico. Y Casca es sacerdote. Entonces Mecio, el conservador, el jefe de los patricios, le habla aparte y le dice:—Está bien, Casca. Héte hecho sacerdote. El tiempo no está para discursos. Nos miran, pero nadie nos oye. Yo te sostendré; pero tú no eres estúpido; ya sabes que en una hora puedo darte un sucesor.—¿Un sucesor?—Las antiguas reglas están restablecidas.—¿Eh?—Sí.—¡Ahl sí!...—Casca se convence. Mecio, el jefe de los patricios, es el amo del nuevo sacerdote de Nemi; el amo del templo.

Pero Carmenta, la sibila, la hija de Antistio, se presenta á Casca, al nuevo sacerdote, y le asesina. Entonces Latro, compañero del muerto, pide á Mecio la sucesión de Casca. Nunca falta un gran sacerdote. En tal instante llegan noticias de Roma, la enemiga de Alba: «Rómulo ha dado muerte á Remo.» La ciudad está fun-

dada. La fundación de toda ciudad debe ser consumada por un fratricidio. ¡Singular jornada! Un fratricida que funda una ciudad. Un ladrón hecho sacerdote, que salva otra ciudad. Todo esto es oscuro. No en balde tiene Jano dos caras. El mundo marcha, gracias al odio de los hermanos enemigos. «Cúmplase la voluntad de los dioses.»

Y el drama termina así:

Un profeta de Israel que lo ha visto todo desde Babilonia:

Palabras de Ihawé:

Así, las naciones se extenuan para el vacío  
y los pueblos se fatigan en provecho del fuego.

(JEREMÍAS, LI, 98.)

Tal es, prescindiendo de pormenores todos interesantes, hermosos y significativos, el último diálogo dramático del extraño poeta filósofo de la *Vida de Jesús*.

La impresión final de esta lectura, ¿es dolorosa? De seguro es triste; pero en la tristeza hay muchos matices, y algunos llegan hasta la esperanza.

Lo que de fijo se puede dar por cierto es que el alma de este libro es un idealismo profundo, serio, sincero, al cual se le debe el encanto que, á pesar del dolor, causa toda esta poesía sencilla, escultural, clásica.

Pocos días hace, un ilustre prelado francés, refutando el último trabajo de filología bíblica de Renán, decía que el hechizo que para el lector tenían las obras de este autor estaba en su forma *ondoyante et lachée*.

---

Mucho se debe, en efecto, al encanto de ese estilo; pero no sería el efecto tan poderoso si detrás del estilo no estuviera esa energía de idealidad original, sobria concienzuda, que hace de Renán un ejemplar, acaso hoy único, de aquella raza de grandes pensadores que al llenar la filosofía de poesía, hicieron tal vez más por la verdad que muchos escritores modernos que no son poetas, y acaso tampoco son filósofos.

FIN



## ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Nueva campaña.....	5
Los amores de una santa.....	15
El cantar del romero.....	29
¡Seis bolas negras!.....	39
Los grafomanos.....	45
Carta á un sobrino disuadiéndole de tomar la profesión de crítico.....	59
Blanca.....	72
Alarcón.....	83
Valera.....	89
Las revoluciones.....	99
Lo prohibido.....	111
Juan Fernández.....	127
Sotileza.....	135
El cisne de Villamorta.....	151
Poesías de Menéndez Pelayo.....	159
Guerra sin cuartel.....	171
Aguas fuertes.....	187
Las «Humoradas» de Campoamor.....	193
Discurso de las armas y de las letras.....	207
Los Pazos de Ulloa.....	215
Riverita.....	239
Las traducciones.....	247
El patio andaluz.....	255
Mariano Cavia.....	263
Temporada teatral.....	273
Luis Taboada.....	279

	<u>Páginas.</u>
Impresionistas . . . . .	289
¿Suscribirme? . . . . .	297
Palique . . . . .	303
A D. Tomás Bretón . . . . .	311
Consulta crítica . . . . .	319
Cosas viejas . . . . .	327
Sonetos . . . . .	331
Madrileña . . . . .	339
Nougués y el Rey . . . . .	347
Críticos anónimos . . . . .	353
Numa Roumestan . . . . .	359
Un drama de Renán . . . . .	371





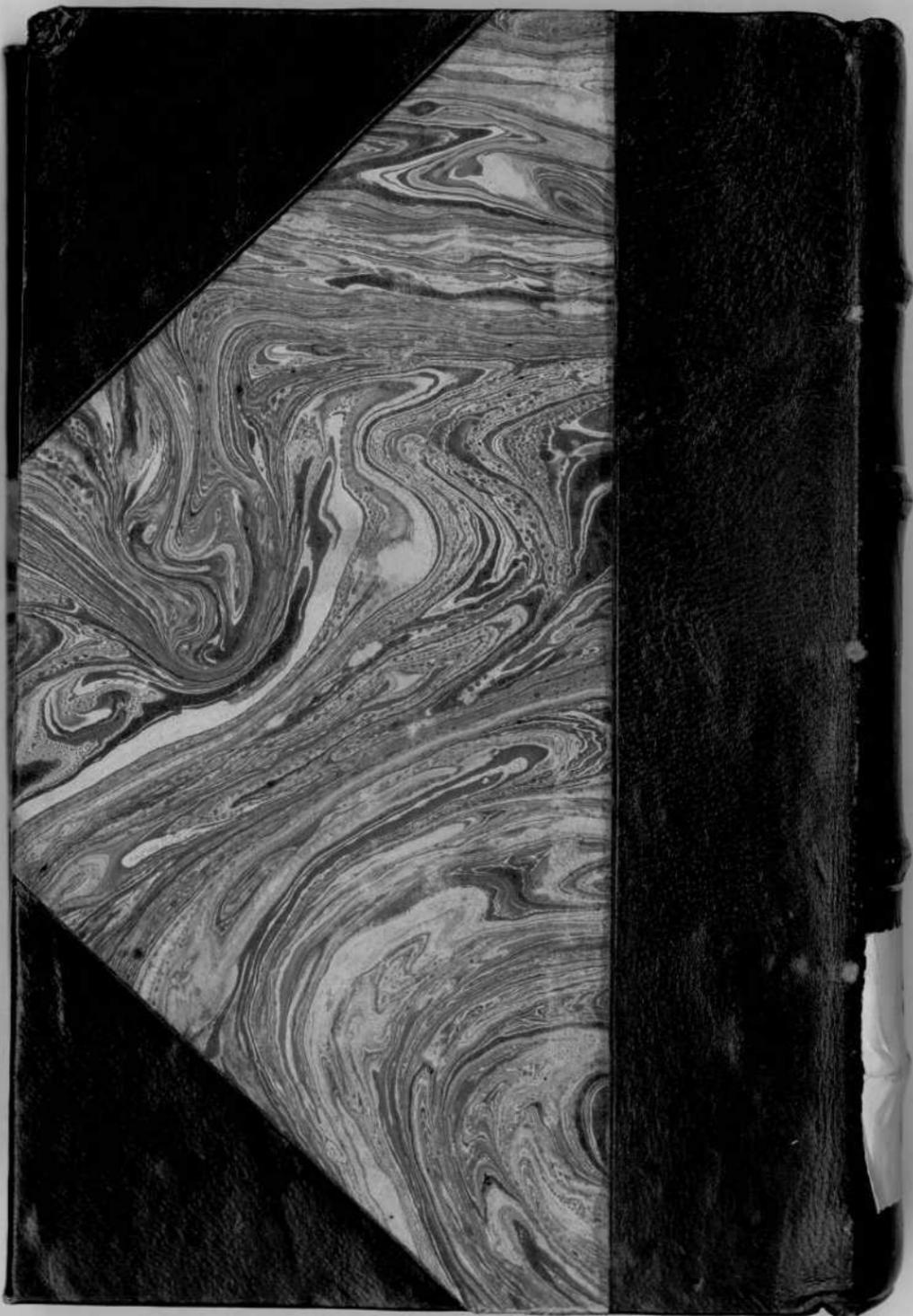
ENCUADERNADORES

*Nicolás*

SAN SEGUNDO 23

AVILA





CLARIN



G 35765